

2

8702

Patricia de los Reyes / Alberto Espejo

Diablos y demonios veracruzanos

Diablos y demonios veracruzanos

Patricia de los Reyes / Alberto Espejo

memoria histórica

2



1 El Huetamo que se fue
2 Diablos y demonios veracruzanos

(8702)



SECRETARÍA DE CULTURA

Clasif. _____

Adq. _____

Fecha _____

Proced. _____

Diablos y demonios veracruzanos



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION

Dirección General de Culturas Populares

 **CONACULTA**
CULTURAS POPULARES

CONAFE

Diablos y demonios veracruzanos

Patricia de los Reyes
Alberto Espejo

Diseño: Concepción Mora

Primera edición: 1998

D.R. © Dirección General de Culturas Populares
Av. Revolución 1877, 6o. piso
San Ángel, C.P. 01000
México, D.F.

Consejo Nacional de Fomento Educativo
Río Elba 20
Col. Cuauhtémoc, C.P. 06500
México, D.F.

ISBN 970-18-1412-6

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

Presentación	9
--------------------	---

DIABLOS Y DEMONIOS VERACRUZANOS

Viento negro	15
El canto de las palomas	17
El muchacho de los cabellos de fuego	21
Una lucha entre Dios y el diablo	25
Tlaxcali y Chichiman	29
Rosita o el viento blanco	32
El tata del maíz	35
Quetzalcóatl y Quetzalpétatl	38
El cerro de la zapatilla	41
El fuereño	44
El mosco	48
Serenata de un charro	51
El bebé	55
Se huyó con el diablo	58
Amor de una sombra	60
La niñita acurrucada	62
Caragua	64
Por el río de la Antigua	67
Vengo por Rita	71
Mingo	76
El puente	79

El cuarto de Luzbel	84
El túnel y santa Margarita	86
Una visita al infierno	89
Las guajolotas	94
La traición	98
La novicia	100
El jugador	102
Doña Benita	104
El mapache	106
El charro con botones de oro	108
El compadre	110

PRESENTACIÓN

Facultad esencial del ser humano es la de recordar, hurgar en la memoria e intentar reconstruir retazos de nuestra vida transcurrida. La memoria es un acto instintivo y a la vez una acción que se cultiva, se ejercita, se instruye. La memoria nos remite al plano temporal del pasado. Permite la comparación entre el pasado y el presente, que es aprehendido en la vida cotidiana. La vida diaria se va como agua, no solemos registrarla, no acostumbramos rescatarla. Hombres y mujeres de diversos sectores, rurales y urbanos, con oficios distintos y ocupaciones variadas, tienen un universo de conocimientos y saberes que sólo son recuperados a través de la tradición oral. Vida cotidiana y memoria son los ingredientes que marcan la identidad de las personas y las colectividades. La memoria de nuestro pasado social y de nuestra vida diaria configuran nuestro patrimonio cultural y el autoconocimiento de los pueblos.

Evocaciones colectivas e individuales, de autores anónimos o conocidos. Reminiscencias seleccionadas inconsciente o deliberadamente por sus memoristas; sucesos cotidianos y extraordinarios, oficiales y extraoficiales. Recuerdos que portan la subjetividad del relator, tan rica y variada como cabezas hay en el mundo. Puerta hacia los saberes cotidianos.

Esta recuperación de los recuerdos de sucesos históricos, sociales o individuales, oficios y trabajos pasados, registros ordinarios o acontecimientos especiales es lo que comprende la memoria histórica; es decir, el ir y venir de la retentiva, del pasado al presente y viceversa, a partir de la vida cotidiana de cada uno de los personajes de nuestra sociedad.

El Programa Nacional de Memoria Histórica y Vida Cotidiana de la Dirección General de Culturas Populares del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, surge con el objetivo de promover la recuperación, investigación y difusión de la memoria histórica y la vida cotidiana de pueblos y barrios indígenas y mestizos, rurales y urbanos, como componentes fundamentales de las culturas populares de México.

Este programa se desarrolla en las veinte Unidades Regionales pertenecientes a esta Dirección General, las cuales poseen una

amplia y rica experiencia al respecto, que se plasma en reuniones de cronistas, concursos de testimonios orales y visuales; redacción de historias de vida y de familia; rescate y restauración de archivos familiares y municipales; historia oral de personajes típicos, entre otras actividades.

La memoria histórica, planteada así, intenta recuperar una historia frecuentemente oculta y no oficial, en la que se da un lugar a los personajes “comunes y corrientes”, no sólo a los famosos, sobresalientes y legales.

Con la memoria histórica emprendemos no una historia escrita, lejana, impuesta, sino la que los hablantes sienten como propia, llena de significados que les brindan una identidad cultural.

El concurso “Crónicas, tradiciones, relatos y memorias de pueblos y barrios”, emitido en 1996, inauguró oficialmente el Programa Nacional de Memoria Histórica y Vida Cotidiana y tuvo como finalidad la recuperación de diversas manifestaciones de la memoria histórica y la tradición oral populares existentes a lo largo y ancho del país, con sus particularidades de cada región y localidad y que son parte de las múltiples identidades que nos conforman como nación. El Consejo Nacional de Fomento Educativo (Conafe) comparte estos objetivos y por ello emprendimos juntos la organización de este concurso nacional.

Al lanzarse la convocatoria había cierto escepticismo. Pensábamos que habría pocos participantes. Creíamos que los tiempos de hoy no serían favorables para esta clase de eventos promovidos más que nada “por amor al arte”... y a la cultura.

Los resultados del concurso fueron halagüeños: recibimos, de lo largo y ancho del país, cerca de cinco mil trabajos. Ello demuestra que aun en épocas difíciles la gente quiere poner su grano de arena al hablar de su historia de vida, de sus tradiciones, experiencias, recuerdos plasmados en relatos, testimonios, crónicas, versos, etcétera.

Lo más valioso de los trabajos que recibimos —y por supuesto de los que fueron premiados— es que tienen un origen individual, unos, colectivo, otros, pero no oficial, no provienen de los libros de historia o literatura de México, sino de la riqueza de los saberes populares y la tradición oral que cotidianamente heredamos y transmitimos, una riqueza cuya veta podría encontrarse también en los libros en espera de su explotación.

La Dirección General de Culturas Populares del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, y el Consejo Nacional de Fomento Educativo (Conafe), continuarán rastreando las remembranzas y los sucesos de la vida diaria mediante concursos, encuentros, talleres y otros eventos.

El libro que el lector tiene entre sus manos inicia la "Colección Memoria Histórica y Vida Cotidiana", cuyo propósito es difundir trabajos provenientes de diversas partes del país que tienen que ver con esta actitud memorista del pasado y escudriñadora de la vida diaria. Estos primeros volúmenes contienen los textos ganadores a nivel nacional, del concurso "Crónicas, tradiciones, relatos y memorias de pueblos y barrios", 1996.

G.G.P.

Diablos y demonios
veracruzanos

VIENTO NEGRO

En las comunidades indígenas del sur del estado, se comenta acerca de la obsesión que tiene el maligno por el color negro, quien, para convertirse en diferentes cosas, elige aparecer de noche vestido con un llamativo traje de charro o como un brioso caballo azabache que se encabrita cuando en la madrugada entra a los pequeños pueblos del Istmo. A veces, al diablo le gusta aparentar ser algún animal que a primera vista parece indefenso, semejando un tímido conejo, un gato casero, un pájaro de melodiosos trinos, pero siempre llevando con orgullo una piel o un plumaje tan oscuro como el carbón. Las personas lo ven transformado en un hombre de tez negra, alto, fuerte y viril, que persigue a los campesinos para hacer pactos o destrozarlos si éstos se niegan a escucharlo. También se asegura que para engañar a la gente se presenta como un niño totalmente desvalido, a quien las mujeres desean ayudar ofreciéndole alguna comida o ropa; de repente, el chamaco les tira la comida y les grita con gruesa y amenazante voz:

—¡A mí dénme de comer sólo tizones!

Ellas se persignan y el demonio infantil desaparece.

Afirman por estos pueblos que el diablo odia lo blanco y que por esa razón muchas casas están encaladas o protegidas por cruces y flores de ese color, puestas alrededor de la Virgen de Guadalupe en sus altarcitos.

Se sabe que al pingo le encanta engañar a poblaciones enteras, para luego hacerles el peor daño destrozando sus siembras. Para esta fechoría, Satán se transforma primero en una suave brisa que comienza a soplar y, a medida que el tiempo avanza, se ve y se escucha cómo cuatro fuertes remolinos que vienen desde cada uno de los puntos cardinales se juntan a las doce de la noche en un torbellino inmenso y negruzco que arremete contra las tupidas y cargadas milpas, los chaparros piñares, los recios y frondosos aguacatales y las viejas ceibas, que por muchos años fueron testigos de la vida y de esta malvada fuerza. La gente ya sabe que si deja llegar a este soplo maligno, perderá sus cosechas, frutos y árboles. Por eso, todos gritan al mismo tiempo:

—¡Es el viento negro!

—¡Es el viento de la noche!

—¡Es el viento del diablo!

Y corren horrorizados a combatir a esos resuellos del infierno. Con una sorprendente velocidad hacen cruces de ceiba o palo mulato que encalan rápidamente y las clavan en cada esquina de los plantíos, asegurándolas con pesadas piedras. Algunos confían en que para poder detener las ráfagas demoníacas deben matar cuatro perros negros, degollarlos y encajar sus cabezas en filosas estacas que entierran en las esquinas de los huertos, junto a las cruces. Las mujeres ayudan derramando la sangre de los animales sacrificados alrededor del sembrado.

Después de la feroz lucha contra el “viento negro”, las personas aseguran que éste ya ha perdido su fuerza y que ya no podrá “matar” las cosechas. Así, todos se tranquilizan, se saludan cansados, pero se dicen contentos:

—Volvamos a nuestras casas, porque al terminar la madrugada, el diablo ya habrá muerto.

Y tienen razón: cuando la mañana se despierta y avanza luminosa, va acariciando con sus rayos los frutos que Dios ha dado a sus hijos para crecer sobre la tierra; ya nadie recuerda lo que Satán podría haber hecho si los hubiera encontrado desprevenidos. Ahora le tocaba perder, aunque esta vez se hubiera disfrazado de perfumada brisa o se haya mostrado como un invisible monstruo, cuyos aletazos no pudieron derribar ni siquiera una mazorca.

A veces, el “diablo-viento-negro” sorprende al pueblo dormido y ya es tarde para combatirlo. Entonces, el mal los ha vencido y los campesinos se sumergen en una inconsolable tristeza.

EL CANTO DE LAS PALOMAS

Por ese afán conquistador de los mexicas, el reino veracruzano de Huatusco pasó a formar parte del Imperio. El triste canto de las palomas torcazas, llamadas por los lugareños y vecinos *no yol cocoa*, que significa “me duele el corazón”, proviene, según me contó un compadre de mi abuelo, de una triste historia de amor:

Una hermosa joven de nombre Huilotl y un apuesto guerrero, Tepeyolotli, eran dos enamorados, prometidos en matrimonio desde niños. La educación de la joven daba mucho valor a la prudencia, que ella sabía expresar muy bien; por esta razón cuidaba con esmero sus modales, el atuendo y, sobre todo, su pudor. El símbolo de la candidez de las doncellas era una gargantilla de semillas rojas con dijes de oro que sostenían en el centro una concha nácar. De acuerdo con la costumbre, al llegar a la adolescencia, el prometido regalaba a la novia ese collar, quien no debía quitárselo por ningún motivo hasta el día de la ceremonia nupcial, momento en que ella se lo devolvería como señal de feliz aceptación y fidelidad eterna.

Tepeyolotli, como Huilotl, era de familia azteca y, por lo mismo, adiestrado desde su niñez en difíciles ejercicios del cuerpo, que lo llevarían más tarde a poseer una viril presencia y a ser capaz de un excelente manejo de las armas. También se destacaba en su educación militar la sorprendente habilidad para el juego de pelota.

Cierta tarde, la pareja regresaba de uno de sus acostumbrados paseos y repentinamente escuchó una voz que los llamaba desde lo alto de un ramoso árbol:

—¡Eh, ustedes, los enamorados!

Sorprendidos, buscaron en la arboleda alguna persona, pero sólo encontraron una guacamaya de un plumaje brillante y colorido, quien se dirigía a ellos con voz mimosa:

Niña bonita,
joven gallardo,
¿qué hacen paseando
por estos parajes?

Al escuchar la simpática copla, los novios sonrieron y Tepeyolotli respondió, al tiempo que le apuntaba con el arco:

—Pasear, conversar y cazar un poco..., si se puede.

El ave gritó entre asustada y furiosa:

—¿Qué haces, muchacho impetuoso?!

Tepeyolotli respondió afablemente:

—Perdón, no quise molestarte, sólo era una broma.

—No seas malo, ya déjala —intervino Huilotl.

—Gracias, niña —dijo la guacamaya mientras miraba con penetrante atención el sartal que orgullosamente Huilotl llevaba puesto—. ¡Qué bonito adorno traes! ¿Podrías regalármelo, dulce doncella? —pidió el ave.

—Eso es imposible, porque al único que se lo daré cuando nos desposemos será a mi amado Tepeyolotli, y sólo la muerte podría impedirlo. Pero mira, te regalo esta guirnalda de flores. Yo misma la hice —contestó amable la joven.

Repentinamente, la guacamaya se transformó en un búho, amo del atardecer y la noche, que no era otro que el demonio. Lleno de rabia destrozó la guirnalda de la muchacha y con voz iracunda gritó:

—¡A ustedes los conozco bien y los traigo entre ojos! ¡Yo soy Quililatzin, la hechicera, y recibirán un castigo! ¡Soy una criatura infernal y conocerán mi poder! ¡Soy la maldad y puedo tomar la forma que desee!

—¿Pero... qué hemos hecho nosotros...? —preguntó angustiada Huilotl.

Enseguida, el joven guerrero empuñó su arco y tensándolo se preparó para darle muerte al búho. Éste revoloteaba sin cesar, impidiendo así ser un blanco seguro y con más furia amenazó:

—¡Ahora mi rabia es mayor! ¡Serán castigados por honrar solamente a Teotl, mi enemigo! ¡Y contigo —dirigiéndose a Huilotl— mi venganza será más cruel por haberte negado a entregarme el collar! ¡Llorarán con amargura y sufrirán apartados el uno del otro! ¡En mí han ofendido a cuatro dioses: Coyacihuatl, Cuauh-cihuatl, Yoacihuatl y Tzimtzimcihuatl! —y dando estrepitosos aletazos desapareció frente a los sorprendidos enamorados.

Cuando regresaron a sus casas, confundidos y aterrados por las amenazas del pájaro, comenzaron a sentir cómo una gran melancolía se iba apoderando de ambos, dejándolos sin fuerzas

y sin deseos para nuevos encuentros felices por los bosques y montañas. Por ello, permanecían cada vez más alejados el uno del otro, aunque el amor siguiera vivo en sus corazones. Presas del maleficio, empezaron a llamarse con el arrullo de las palomas, pero al surgir de esas almas tristes, el canto perdió la melodía de su trino, volviéndose melancólico:

—*¡No yol cocoa! ¡No yol cocoa!* —se llamaban desesperados entre sí.

Quililatzin continuaba tramando el castigo a los enamorados y a sabiendas de que otro guerrero amaba a Huilotl, se presentó ante él en la figura de una bondadosa anciana y le dijo:

—Valiente guerrero Mixcohuatl, sé que siempre has amado sin esperanza a Huilotl; sin embargo, yo puedo hacer que ella olvide a su novio y sembrar en su alma un amor igual de intenso hacia ti.

Asombrado el muchacho por haberse visto descubierto en sus sentimientos, preguntó:

—¿Quién eres y cómo sabes algo tan íntimo? ¿Y cómo podrás lograr ese imposible?

—Yo soy Quililatzin, la hechicera, y el medio para conseguir ese amor, que hasta hoy ha permanecido oculto, es esta rosa. ¡Mira cómo resplandece! Así se abrirá el corazón de Huilotl. Ésos son mis poderes. Con la rosa encantada lograrás su amor.

—¿Cómo una simple flor puede cambiar el destino? ¿Y cuál sería el precio de tu obra?

—Bien dices, guerrero. A cambio, tendrás que enfrentar a tu rival en el juego de pelota y derrotarlo. Luego, deberás hacer que la muchacha aspire el perfume de esta rosa y verás que enseguida olvidará su amor, amándote al momento.

—¿Cómo podré vencer yo a Tepeyolotli? Intentarlo es asegurar mi muerte.

—Yo estaré allí para ayudarte. Con ciertas mañas lo haré tomar un brebaje mortal; además, él ya estará débil por no haber visto a su amada desde hace tiempo.

—En esas condiciones, acepto.

Habiendo hecho el pacto, Mixcohuatl se dirigió de inmediato a los caciques del lugar y arregló el enfrentamiento.

El día acordado para el encuentro, Huilotl lucía como una paloma con su huipil de claro plumaje. Al verla, su prometido lanzó al aire un saludo que resonó más fuerte que nunca:

—*¡No yol cocoa! ¡No yol cocoa!*

Cuando el combate se hallaba a punto de favorecer al bravo Tepeyolotli, de pronto se apareció la hechicera frente al guerrero con la apariencia de la anciana más respetada del pueblo, quien le acercó un calabazo lleno de agua fresca para que saciara su sed y recuperara las fuerzas. En ese instante, hizo efecto el poderoso veneno sobre el confiado jugador, que rodó por el suelo como fulminado por un rayo.

Rápidamente, Mixcohuatl se acercó a Huilotl, quien colmada de dolor lloraba sobre el cuerpo de su amado, y la hizo aspirar el aroma de la rosa encantada, pero al instante, lo mismo que su prometido, la inconsolable muchacha murió. El vencedor, al ver que todo había sido un engaño, con un rápido movimiento trató de obligar a la desalmada vieja a oler la mortífera flor. La hechicera se transformó nuevamente en búho, escapando con la desesperada fuerza de sus alas.

Azorados, mientras el cielo se oscurecía con negros nubarrones relampagueantes, todos vieron cómo del ave nocturna surgieron las cuatro deidades femeninas, representantes del mal: Coyacihuatl, la sierpe; Yoacihuatl, el escudo humeante; Cuauhcihuatl, el águila negra; y Tzintzicihuatl, la llama infernal, quienes primeramente lanzaron maldiciones y amenazas a los presentes, para luego desaparecer en una humareda maloliente. Después, de entre la multitud salieron volando dos palomas torcazas entonando su canto, ahora escuchado como un triste lamento:

—*¡No yol cocoa! ¡No yol cocoa!*

El poder demoníaco, en vez de haber destruido el amor entre estos dos seres, fracasó y los unió para siempre.

EL MUCHACHO DE LOS CABELLOS DE FUEGO

Fue la tía Micaela quien inició el cuento aquella tarde lluviosa.

Esa noche, los ojos de tres ancianos miraban atentos al que parecía ser el más viejo, quien al tiempo de hablar procuraba mantener vivas las llamas, removiendo con un palo la hoguera:

—Sí. Yo lo he visto algunas veces y siempre a la caída del sol. Apenas quería oscurecer y ya se aparecía este muchacho dando tamaños brincos, como si le quemara adentro una danza. Movía la cabeza tan rápido que uno podía imaginar su tamaño como el de un árbol con una gran copa azulosa, anaranjada y rojiza, a punto de encender el bosque. Los pájaros pegaban gritos de sorpresa y la bandada inmensa no podía ensombrecer ningún rayo que brotaba de la larga melena rizada. Fuego, oro y cascada de cabellos caían sobre ese hermoso cuerpo desnudo, que no parecía ser de esta tierra.

Los otros dos ancianos miraban azorados los parpadeos del que contaba esos encuentros con el hechizo.

Uno, para espantar el mal aire, comentó:

—A veces, las sombras y la edad nos juegan malas pasadas. Yo creo que eso fue “un sueño despierto”. Tal vez estabas cansado de cortar y juntar leña y te quedaste dormido...

El otro miró con cierto desprecio al desconfiado y le respondió:

—Lo que han dicho nuestros abuelos que sucedería no es extraño a lo que he visto. Acuérdate, el presagio asegura que alguien de cabellera como elote tierno nos cautivará a todos por su belleza y sabiduría, para luego destruir al Totonacapan.

Quien había permanecido mudo hasta ese momento, balbuceó:

—Yo... sí te creo, y me da miedo lo que nos has contado.

La fogata, al consumir las últimas ramas hizo terminar la plática. Cada uno rumbeó a su vivienda.

Al otro día, la mañana apareció límpida y acogió al poblado con las voces tropicales de sus aves. Los hombres fueron a las milpas mientras las mujeres y los niños hacían vasijas y juguetes hermosos con dibujos extraños: en lugar de flores y hojarasca, ahora marcaban sobre el barro un rostro adolescente con

enrulada y larga cabellera. Algunos lograron pintar los ojos con una pasta de flores azules y aseguraban que los cántaros despedían un extraño y cautivante perfume.

Cuando regresaron los otros de la labor, quedaron hipnotizados con la reluciente cerámica. Nadie dijo nada al respecto y aceptaron los utensilios con naturalidad.

Al atardecer, comenzaron a encender algunas hogueras y vieron cómo por el monte bajaban unos troncos rodando al compás de chiflidos que parecían provenir de flautillas de carrizo, desde diferentes direcciones. Ninguno podía imaginarse la causa del espectáculo, hasta que vieron surgir de entre los leños un joven rubio, con el cabello sacudido por el viento semejando llamaradas, que saludaba a los de la aldea con los brazos en alto. Todo el mundo creyó que había aparecido un nuevo dios para protegerlos. Traía en los pies sonajas de conchas y cascabeles de culebra, de su cuello colgaban varios sartaes de flores y frutos secos, y sobre el sexo llevaba una caparazón brillante de tortuga, que destellaba por los rubíes, esmeraldas y ámbares incrustados. Frente al gentío, la misteriosa criatura se detuvo desafiante, giró varias veces la cabeza para mostrar que la luz brotaba de sus cabellos y podía iluminar todos los rincones.

El viejo que ya había atestiguado la existencia de ese inexplicable encanto, clavó la mirada apagada y amarillenta sobre la juventud del visitante y dijo:

—Tú eres Juan. Te esperábamos. Hoy es el día de la mayor fiesta para el reino. Miró hacia el grupo de músicos destinados a saludar al dios Chichini todas las mañanas y eso bastó para que éstos comenzaran a tamborilear y a soplar sus instrumentos, creando ritmos jamás escuchados en el Imperio de los Tres Corazones. Juan saltó, primero hecho un venado, agitando todo su cuerpo como si quisieran cazarlo, y después se estiró igual que un tigre sobre el suelo, mientras la cabellera le cubría algunas partes de su desnudez. Los que podían distinguir el joven rostro en la agilidad de los saltos, no sabían si se trataba de un futuro guerrero y señor del Imperio o de una hechicera que intentaba cautivarlos.

Cuando el sudor del baile le empapó toda la piel y ya parecía una deidad del agua, volvió a pararse en medio de la multitud y exclamó:

—¡Sí, soy Juan! ¡Y vengo a servir a sus dioses!

Uno de los doce viejos, al que llamaban el Tajín Mayor, le respondió:

—Serás uno de los nuestros y ayudarás al Concejo de los Ancianos.

Juan asintió:

—¡Sea! ¿Qué debo hacer?

El venerable continuó hablando con cierta desconfianza:

—Vivirás con nosotros en el templo, pero debes obedecer todo lo que digamos los doce guardianes del dios Hurakan.

Pronunciado el breve diálogo, la comunidad retornó a sus hogares y todos se fueron a descansar.

El joven siguió a los ancianos hasta el templo.

—Ahora reposaremos —ordenó el Tajín Mayor—, mañana te señalaremos tus tareas. Por esta noche dormirás sobre esas pieles en aquel rincón.

Juan se recogió como un animal fatigado y fingió dormir.

El principal de los doce vigilantes habló en voz baja a los demás:

—Yo, el Tajín Mayor, ordeno que nadie le cuente a Juan nuestra sabia misión; tampoco, dónde están los objetos mágicos. No debe encontrar el canasto que guarda las espadas para hacer los relámpagos y los rayos, ni el baúl de las capas que provocan los vientos, ni la caja sagrada de las botas creadoras de los truenos. Esto es un secreto sólo para los doce integrantes del Concejo.

Al otro día, Juan despertó en el templo en medio de un silencio total. No estaba ninguno de los sacerdotes. Recordó las palabras del Tajín Mayor y se puso a buscar los elementos rituales. Pronto encontró las espadas, las capas y las botas. Se vistió como un guardián de Hurakan, con una espada en la mano, la más vistosa de las capas y las botas que no molestaran sus sonajas. En cuanto estuvo ataviado, salió volando por la puerta principal y originó fuertes remolinos, ensordecedores truenos al golpear entre sí los pies y con la espada apuntando al cielo fue trazando un laberinto de relámpagos, que pronto se convirtió en una gran tormenta. Así se inició el diluvio, sepultando pueblos, sembradíos y selvas.

Al advertir el Concejo de los Doce la catástrofe, acudió a vestirse con las prendas sagradas y a tratar de frenar la tempestad. En un principio, las fuerzas de Juan sobrepasaban el poder de los doce viejitos, quienes desesperados pidieron ayuda al arco iris y a

la Virgen María. Los siete colores se transformaron en siete culebras que le mordieron la cabellera de fuego, y por más que luchaba en el agua para sacárselas de encima, los rizos se volvieron miles de serpientes que le rodearon y ataron el cuerpo. La Virgen se quitó dos cabellos con los cuales los ancianos anudaron sus manos y lo despojaron de la espada. Una vez sometido, los tajines furiosos metieron a Juan en un arcón que aseguraron con cadenas de oro y un candado mágico. Luego arrojaron caja y prisionero al fondo del mar.

Al terminar el relato, Micaela agregó:

—Ya pasó mucho tiempo de aquello. Hoy, la gente del Totonacapan afirma que los 24 de junio a las doce de la noche oyen gritar desde el océano una voz joven que pregunta: “¿Cuándo es el día de mi santo?!” Y si alguien llegara a contestar: “¡Hoy! ¡Hoy es el día de tu santo!” Se acabaría la tranquilidad del mundo y nuevamente Juan tendría poder para desatar otro diluvio, del que nadie lograría salvarse. Por eso, algunos caminan en silencio y recuerdan que ese hermoso muchacho era el mismísimo diablo que con su cabellera de fuego, ojos azules y un cuerpo y rostro nunca vistos, alguna vez quiso engañar al pueblo totonaco.

UNA LUCHA ENTRE DIOS Y EL DIABLO

Decía mi abuela Casilda que a su abuelita le gustaba retemucho hablar de historias de demonios. Me acuerdo de ésta, de la pelea entre Dios y el diablo, en la que casi gana el maligno.

Hace mucho tiempo, Dios había creado al hombre de piedra, para que no se enfermara y no sufriera nunca. Pero una vez llegó el diablo montado en un caballo negro con grandes alas de murciélago, trayendo unas ollas amarradas a la montura, llenas de un brebaje que ofreció a la gente para embriagarla. Y como las personas eran de piedra, se caían y no podían levantarse nunca más. Ahí se quedaban tiradas hasta que morían y encima de sus cuerpos comenzaban a caminar los animales y a crecer plantas y árboles. Pasado un tiempo, se hacían volcanes. Algunos no morían inmediatamente y de la borrachera vomitaban roca molida y ríos de lumbre que destrozaban todo lo que encontraban a su paso. Al diablo le divertía mucho ver este triste suceso y cada vez volvía más seguido y con más bebida embriagante. Dios, que estaba observando cómo morían sus criaturas, decidió venir al mundo y darle una buena lección a Satanás. Se dijo:

—¡Ah! ¿Cómo vencer a este maldito ser?... Ya sé. Llevaré lo mismo que él, pero más fuerte para la borrachera.

Llegó Dios a la Tierra y vio a todos los hombres, mujeres y niños ya muertos, convertidos unos en volcanes que todavía echaban humo por la boca, las señoras transformadas en montañas y lomas que mostraban sus senos en los últimos esfuerzos por alimentar a sus hijos, quienes se volvieron rocas aferradas a sus padres y que por ser tan pequeños y débiles, fueron consumiéndose más y más hasta sucumbir pegados al suelo. Se cree que de ahí nació el malpaís que rodea a esta comarca.

Cuando hizo su aparición el Creador, sólo estaba el diablo platicando con dos de sus hermanos y riéndose a carcajadas. Dios vino parado en una nube muy blanca, con su bastón al hombro, del que pendían dos barricas y un calabazo. Al verlo, el demonio no sabía quién podía ser ese anciano de larga cabellera y barba encanecidas. Interrumpió sus risotadas y sorprendido le preguntó:

—¿Y tú, quién eres, insignificante viejo?

El Señor le respondió con una voz que retumbó por los cuatro puntos cardinales:

—Soy el padre de todas estas criaturas a quienes has matado sólo por maldad y he viajado desde muy lejos para darte la lección que mereces. ¿Ya no te acuerdas de mí? Soy el que te echó del cielo por tu comportamiento y te ordenó vivir en las aguas profundas del mar en el Oeste, pero no hiciste caso y regresaste al mundo como un imperdonable asesino.

—¿A poco estas torpes criaturas gigantescas fueron tus hijos? —replicó burlón el diablo.

—Sí, todos los seres de la Tierra son mis hijos. Los ríos, arroyos, cascadas y lagunas fueron creados para aplacar la sed de los árboles y animales y son los hermanos de esos enormes hombres de piedra que tú mataste. Todo lo creado por mí es mi descendencia y tú has robado la inmortalidad de mis hijos.

—¿Pero cómo es posible que un poco de licor haya tumbado y muerto a esas criaturas fuertes a quienes has dado vida? —repuso Satanás con ironía, y agregó—, de seguro tú tampoco aguantas unos tragos de mi vino.

—Veamos —respondió el Señor—, probemos de tu licor.

El diablo trajo sus ollas y se pusieron a tomar con una jícara equivalente al tamaño de veinte calabazos grandes.

Pasaron la tarde y la noche bebiendo Dios y el diablo con sus dos hermanos. Cuando llegaron las primeras luces del día, los demonios quedaron briagos y tirados en el suelo. Dios se retiró a su nube caminando erguido, como si no hubiera probado un solo trago de vino.

A la tarde regresó el Señor y despertó a los tres hermanos infernales y les dijo:

—Continuemos bebiendo.

El diablo, que estaba todavía mareado, le contestó:

—Tendremos que beber agua, porque ya no tengo más vino en mis ollas.

Dios sentenció:

—Desde hoy, sólo podrás beber el agua del océano donde te ordené vivir, y si tomas un sorbo de mis ríos y lagunas será como si tragaras fuego. Pero no te preocupes por tu sed, aunque el líquido de tus ollas ya no exista. He traído conmigo un vino más rico que el que me convidaste.

—Sea —dijo el demonio y despertó a sus hermanos—. ¡Sigamos bebiendo el vino de este anciano! Asegura que es mejor que el nuestro...

Y fueron hasta donde estaban las barricadas. Allí, Dios sacó una jícara de un tamaño mucho más grande. Cuando estaban bebiendo, el diablo se dio cuenta de que ésta no se vaciaba nunca y aprovechando un momento en que el Señor estaba tomando, comentó a sus hermanos:

—Tenemos que matar a este viejo o él nos mata a nosotros.

Ya borracho, el diablo comenzó a cantar y bailar para distraer a Dios, mientras sus hermanos buscaban piedras para arrojarle en la cabeza, pero nunca pudieron agarrar ninguna, porque todas estaban pegadas a la tierra. Los hermanos avisaron al diablo:

—No encontramos nada con qué pegarle a este viejo.

El diablo propuso al Señor:

—Vamos a lo alto de aquel monte, que fue tu hijo, pero ahora es un volcán. Era el que más escupía fuego, por eso yo le puse una tapa en la boca; desde allí puede apreciarse muy bonito todo lo que tú creaste. Vayamos a admirar tu obra y a seguir bebiendo. Que mis hermanos carguen las barricadas.

Dios había adivinado las intenciones del demonio y respondió:

—Vayamos, pues, si es tu deseo. Pero las barricadas y la jícara yo me las llevo.

Así subieron la montaña. Mientras iban trepando, los hermanos de Satanás quisieron ponerle una zancadilla al Señor, pero éste esquivó la trampa y atravesó su bastón en el camino de los traidores, que rodaron como toches haciéndose cada vez más grandes en la caída. Y como tenían en sus panzas enormes cantidades de líquido, fueron a dar en un llano que al caer lo hundieron con su peso reventando la tierra y formando así la laguna de Alchichica. Ésta es la razón por la que se dice ahora que no se debe mirar fijamente el agua de este lugar, pues siendo de origen demoníaco puede traer mala suerte. También se cree hoy que esa laguna tiene túneles que van a dar al mar, por donde los demonios menores quisieron escapar, pero no pudieron porque ya estaban deshechos en pura agua salada.

El diablo, que había visto el fracaso se hizo tonto y preguntó:

—¿Dónde estarán mis hermanos? Ya casi llegamos a la cumbre y éstos se deben haber quedado dormidos en el camino.

Dios sabía que el demonio sólo quería ganar tiempo y planear otra maniobra. Al llegar a la cima de la montaña éste invitó al Señor:

—Ahora bailemos tú y yo hasta que amanezca.

Dios respondió:

—Está bien, pero sigamos bebiendo de mis barricas.

Satanás ya estaba muy aturdido y comenzó a bailar, esperando el momento oportuno para empujar a Dios al vacío. Lo desafió exclamando:

—¡Tú eres muy viejo! No creo que seas capaz de bailar como yo en un solo pie y girar lo más rápido que puedas.

El Señor aceptó:

—Probemos. Pero antes nos echaremos otra jicara de mi bebida.

El diablo se hizo el de tomar, pero regaba el piso rocoso, esperando que su enemigo se resbalara y cayera en la danza. Dios no hizo caso de esto y comenzó a dar rápidas vueltas en un solo pie, terminando de confundir al demonio. Cuando éste advirtió la agilidad del Señor para bailar y ya no podía distinguir su figura, intentó meterle su pata de chivo con el propósito de hacerlo tropezar. Sin embargo, era tal la velocidad de Dios para la danza que fue el demonio quien se enredó entre los giros y empezó a rodar barranco abajo. Por su coraje, en la caída fue transformándose en una multitud de chorros de licor, hasta que se deshizo por completo.

Dios se fue elevando como un remolino, ascendiendo al cielo. Hoy cuentan los que viven alrededor del Cofre, que donde se reventó el diablo nacieron las primeras plantas de maguey.

El Señor dejó la nube en la que había viajado, como señal de su poder y para que haga recordar al demonio que nadie puede vencerlo; por eso, la nube se desparramó en jirones buscando a su amo y hasta hoy en forma de niebla quiere volver donde vive Dios.

TLAXCALI Y CHICHIMAN

El maíz no solamente dio origen a los hombres verdaderos, gracias a él también existen muchos animales y plantas que sirven de sustento a la gente; sin embargo, el mal siempre quiso destruir al maíz para que los pueblos no pudieran sobrevivir sobre la Tierra.

Cuando el maíz era muy pequeño, su padre murió, dejándolo solo con su madre. Él lloraba mucho y su mamá, al verse desamparada e incapaz de calmar el llanto del pequeño, decidió matarlo y molerlo después en un metate para convertirlo en polvo. Lo puso en un rebozo y se fue al río Coatzacoalcos a tirarlo. Dios, al ver esa acción, decidió intervenir, colocando la molienda del niño, al que llamó Tlaxcali, dentro de un gran huevo que depositó entre las raíces de un manglar.

Un día, Chichiman, la diabla que vivía por esos rumbos, fue por agua y descubrió el gran blanquillo. Quiso sacarlo pero no pudo, porque pesaba mucho, hizo varios intentos hasta que rodándolo, lo consiguió, y así se lo llevó a su casa. Su esposo, al ver semejante huevo se le antojó, pero la bruja le impidió comérselo. Deseaba ver qué salía de allí y se puso a empollarlo. Duró siete días sentada sobre él, hasta que nació un niño al que criaría como su hijo. Cuando el diablo vio al chamaco, que ya estaba muy gordito, pensó devorárselo de inmediato. Chichiman no se lo permitió, convenciénolo de que era muy tierno todavía.

Pasaron otros siete días y el niño ya era un muchacho embarcenido y muy listo. La diabla le ordenaba siempre a que le trajera el mandado. Un día que lo envió al río, los peces se burlaron de él gritándole:

—¡Muchacho, deja nuestra agua, la vas a llenar de pelos amarillos!

Enojado, regresó y pidió al diablo que le hiciera un anzuelo. A la mañana siguiente se dirigió nuevamente al río y pescó todos los peces, para demostrarles que él era superior y que no debieron burlarse de su pelo. Cuando llegó a la casa, pensó que la diabla se alegraría de ver que llevaba tantos pescados para comer, en cambio, Chichiman se enojó y le reclamó:

—¡Ve y deja esos peces en el río! ¿No sabes que son tus tíos y no debiste pescarlos?

Tlaxcali le explicó el motivo de su acción y la diabla le permitió comerse uno, pero debía regresar vivos a los demás al río. El muchacho obedeció y al devolverlos al agua brincó siete veces para revivirlos y luego los condenó:

—El hombre que sea ingenioso y capaz, desde hoy podrá pescarlos a todos ustedes y alimentarse con su carne.

Cuando el muchacho ya había crecido más, la diabla Chichiman consideró que estaba maduro y era el momento de comérselo. Así se lo hizo saber a su esposo, quien dijo que primero debían afilarse bien los dientes con la mano del metate. Para que Tlaxcali no sospechara, Chichiman tiró al suelo un tenate grande de frijol y mandó al joven a que recogiera semilla por semilla. Tlaxcali pidió ayuda a las palomas para poder espiar a los diablos, dándose cuenta de sus intenciones.

Para su huida, Tlaxcali solicitó auxilio al ratón y al murciélago. El primero hizo un agujero en el techo por el que entraría el segundo para matar a quien intentara asesinar al muchacho. Y así sucedieron las cosas. Cuando el diablo abrió la boca para devorarlo, el murciélago le clavó los colmillos en el cuello, dejándolo muerto al instante. El joven aprovechó esto para escapar por el agujero del techo.

Chichiman, al descubrir lo ocurrido, persiguió a Tlaxcali para vengar la muerte de su esposo. Aquél, tratando de eludir a su seguidora, fue dejándole numerosos obstáculos; sin embargo, no logró detenerla. Cansado de escapar, el muchacho se subió a una palma de coyol para dormir un rato y conociendo los poderes de la diabla le pidió al tlacuache que vigilara y que si ella se presentaba, él debería prender fuego a los matorrales que rodeaban la palma, dejándole una salida para huir. El tlacuache, al ver llegar a la diabla, intentó cumplir su tarea, pero sólo consiguió quemarse la cola y salió corriendo. Por eso, los tlacuaches, desde entonces, tienen el rabo pelado.

Rápidamente, al darse cuenta de la llegada de la vieja, Tlaxcali llamó al armadillo, le hizo una concha resistente al fuego y el animal pudo cumplir su misión incendiando todo el matorral, menos una angosta brecha, para que escapara el chico. Chichiman ya se había encaramado a la palma para agarrarlo y Tlaxcali, con el fin de escapársele, le dijo señalando el fuego:

—¡Mira! ¿Qué es eso que arde?

Ella, que no conocía la lumbre, se quedó asombrada al verla. El joven aprovechó la distracción de la diabla y huyó, mientras Chichiman fue consumida por el fuego.

Tlaxcali regresó para buscar las cenizas de la bruja, recogió únicamente las del sexo, enterrándolas ahí mismo. De allí nacieron la calabaza y el chayote. El resto lo envolvió en un trapo y pidió al sapo que, sin abrir el bulto, lo arrojara en una laguna cercana; pero como éste era muy curioso, quiso ver qué contenía. Cuando las cenizas quedaron sueltas se desparramaron y formaron toda clase de animales venenosos, picando al sapo y dejándole la piel roñosa y manchada como la tiene ahora. Así se originaron los bichos ponzoñosos que viven sobre la Tierra.

Ya libre de amenazas Tlaxcali pudo vivir en paz, convirtiéndose primero en el cuerpo de los hombres verdaderos y luego en su alimento.

ROSITA O EL VIENTO BLANCO

Nardo trabajaba en la milpa, lucía abatido pues la noche anterior su tata lo había sermoneado otra vez con que ya era tiempo de buscar mujer, casarse y tener hijos para prosperar en las cosechas; pero él alegaba que entre las muchachas del pueblo no había ninguna que le gustara.

Después de la labor no se fue a su casa porque no quería oír el mismo reproche, se encaminó hacia el río y se sentó bajo la enorme sombra de un árbol de mango. De pronto escuchó unas carcajadas que lo distrajeron de su preocupación, eran risas de mujeres. Sigiloso, empezó a buscar el sitio del jolgorio y, al dar con él, se quedó maravillado frente a dos muchachas que jugaban felices. Nardo se prendó de la más bonita, al parecer también la más joven. Recordó las palabras de su padre y se dijo:

—Ahora sí, aquí está la que será mía. ¿Para qué iba mi tata con tanta prisa?

Las mujeres, despreocupadas, chapoteaban en el agua, refrescándose esa tarde de calor sofocante. Nardo pensó que si las llamaba se asustarían y lo rechazarían, entonces se le ocurrió acercarse más, hasta donde estaban sus ropas y esconderlas, procurando no hacer ruido. Llevó a cabo su plan y cuando las muchachas quisieron vestirse, no encontraron sus prendas y empezaron a buscarlas; Nardo consideró que era el momento de presentarse y les salió al paso. Ellas, sorprendidas, se ocultaron tras unas matas. El joven aprovechó la confusión de las doncellas y les lanzó una pregunta a boca de jarro:

—¿Es suya esta ropa?

—¡Ladrón! ¡Dánosla! —gritaron ellas muy indignadas.

El muchacho, riéndose con malicia, les puso una condición para entregárselas:

—Un momentito. Primero me dicen cómo se llaman y luego les doy una prenda.

—¡Por qué! ¡Es nuestra y tú la has robado! —respondió una, la más molesta.

—Bueno, entonces me voy —amenazó Nardo.

—¡No, está bien! —gritaron al unísono y luego, la que parecía más chica agregó—: yo soy Rosita y ella es mi hermana Azucena.

—¿Ya ven qué fácil? Ahí les van los refajos.

—¡No, todas de una vez! —reclamó Rosita.

—Sólo si prometes casarte conmigo —propuso Nardo.

—¿Cómo me voy a casar con alguien que no conozco?

—Soy Nardo, el tuxtleco, a tus órdenes.

—¿Y qué con eso? —respondió Rosita.

—¿Quieren su ropa o me voy?

—¡No! —dijo Rosita, y agregó—: siquiera deja que te vea bien.

Nardo se levantó, acercándose un poco hacia las muchachas y, vanidoso, se quitó la camisa, ellas lo miraron y cuchichearon, riéndose con picardía. Rosita después de verlo de pie y observando su rostro fuerte y risueño, aceptó la propuesta:

—Bueno, voy a casarme contigo. ¿Conforme? Ahora échanos la ropa, pero no te acerques.

El muchacho obedeció. Ya vestidas, las dos jóvenes salieron del matorral.

—Te saliste con la tuya —dijo Azucena, la hermana mayor—, pero no creas que va a ser tan fácil. Mi papá es muy especial y celoso; siempre les pone unas pruebas muy difíciles a nuestros pretendientes. Y si no las cumplen, los mata.

—¿Será tanto...? —dijo dudoso Nardo.

—Sí. Es tanto, y más —reafirmó Rosita—, pero yo voy a ayudarte, porque ninguno había sido tan audaz como tú.

Al día siguiente, muy temprano, tal como se lo advirtiera Azucena, el padre al conocer las intenciones de Nardo le encomendó una tarea imposible antes de consentir ese matrimonio, seguro de que el joven fracasaría: esa mañana debía sembrar una milpa y cosechar al mediodía sabrosos elotes.

Nardo se quedó pensativo, pero a pesar de la malintencionada sonrisa del futuro suegro, aceptó:

—Bueno, ¿dónde están los aperos?

—Con esto te basta y sobra —dijo el padre de la muchacha, dándole un machete de palo.

Una vez que el suegro se marchó, Rosita se acercó a su novio y le dijo al oído:

—No te preocupes, te voy a ayudar, no soy la hija de este ser diabólico, soy el viento blanco, traigo la lluvia benéfica y hago crecer las milpas. He venido al mundo a derrotar a este hombre del mal, pero necesitaba la ayuda de alguien tan decidido como tú.

Gracias a sus poderes, Rosita logró que Nardo cumpliera su tarea.

A la hora de la comida, el padre vio con disgusto los apetitosos elotes dispuestos sobre la mesa, enseguida le puso a Nardo otra prueba igual de difícil: le encomendó que buscara un anillo de plata, que se le había caído en el río hacía cosa como de un año; lo deseaba igual de reluciente como cuando lo había perdido. Nardo y la muchacha lo encontraron y lo pulieron de inmediato.

Ya molesto, el hombre le exigió que buscara unos limones de oro caídos en un pozo, a cambio de la mano de su hija. Nuevamente, la orden fue cumplida.

El padre se dio cuenta de que era su hija quien ayudaba a Nardo, por lo que nunca podría vencerlo y, sospechando las intenciones de Rosita, decidió matarlos y luego comérselos para chuparle sus poderes y castigar la audacia de ese entrometido. La hija escuchó sus planes, pues ya enfurecido éste hablaba de ellos en voz alta, sin notar la presencia de la muchacha. Ésta rápidamente buscó a Nardo para huir juntos.

El viejo los persiguió implacable. Para eludirlo, Rosita arrojó un puño de arena sobre su novio, quien se convirtió en una iglesia y ella en una hermosa virgen. El hombre no se dio cuenta de esta transformación y los buscó por otro rumbo. Ellos corrieron velozmente y cuando el perseguidor ya estaba otra vez a punto de alcanzarlos, la muchacha tiró un estropajo del que nació un espeso bejucal que los ocultó de nuevo. Después, ella aventó su peine y surgió una cerca de puntiagudas espinas. Sin embargo, el frenético padre pudo atravesar esas barreras.

Finalmente, la joven lanzó un grano de sal y brotó un mar inmenso. El feroz individuo ya no pudo alcanzarlos. Ellos, por fin, habían logrado derrotar al diablo, aunque igual les costó la vida: Nardo se transformó en un fuerte y tupido tallo del que brotaron muchos frutos que hoy nos sirven de alimento, y Rosita se volvió una enredadera de pequeñas rosas que hicieron nacer todas las flores blancas que dan belleza al mundo. Así, su sacrificio no fue inútil y a pesar de su muerte, los dos enamorados quedaron unidos para siempre.

EL TATA DEL MAÍZ

Cuando era muy pequeño, el maíz quedó huérfano de padre, su madre quiso matarlo pero Dios no se lo permitió y lo salvó, aunque quedó abandonado en el monte. Fue criado por dos diablos, quienes al verlo ya crecido se lo quisieron comer. Esta vez, el maíz también logró escapar de la muerte.

Fue entonces cuando el muchacho decidió salir en busca de su madre, para que le dijera dónde estaba el entierro de su tata. En el viaje tuvo varios contratiempos: una noche, mientras dormía, las hormigas se lo comieron, el maíz las regañó y ellas tuvieron que devolver la carne a sus huesos. En otra ocasión, una piedra intentó devorarlo, pero él la mató con su cuchillo; desde entonces las piedras están muertas.

Salvando numerosos obstáculos y preguntando aquí y allá, por fin llegó al lugar donde vivía su madre. Cuando ella lavaba en el río, el muchacho se acercó sigiloso, colocándose detrás de ella y le tapó los ojos con las manos, la mujer se puso feliz porque creyó que su esposo había regresado de donde habitan los muertos. El maíz le dijo:

—No soy tu esposo, soy el hijo que quisiste matar. He vuelto porque quiero encontrar los huesos de mi tata y también porque debo alimentar a los hombres.

La madre, arrodillándose imploró:

—¡Perdóname! ¡Apiádate de mí! Soy vieja, no tengo qué comer y estoy sola. Todos estos años he vivido con el remordimiento. Deja que mi alma esté tranquila nuevamente.

El joven la perdonó y enseguida le pidió que lo bañara. El agua que resbalaba de su cuerpo, al caer al suelo, se convertía en granos de maíz; fueron tantos que a su madre ya no le faltaría nunca qué comer.

Al día siguiente, el muchacho preguntó:

—¿Dónde descansan los huesos de mi tata? —y siguió explicando a su madre—. Voy a revivirlo para lograr con ello su inmortalidad y la de todos los hombres.

La mujer le señaló el camino para llegar al lugar de los muertos y le recomendó:

—Cuidate de los peligros que correrás en el viaje.

Cuando el maíz llegó al sitio indicado, descendió al abismo de los difuntos y se puso a cantar. El señor de la oscuridad al escucharlo envió a sus guardianes para saber quién producía aquellos cánticos; frente a los mensajeros, el maíz exclamó con voz fuerte y en actitud de reto:

—Yo soy el que renace. El que nunca muere. El que germina con la lluvia. El que vivirá mientras el hombre esté en el mundo, porque soy su sustento.

Los enviados lo apresaron y el señor de los muertos ordenó que lo encerraran en la casa de las flechas. Ahí, las hachas y las flechas tenían vida y lo atacaron, pero el maíz las venció, condenándolas a servir para siempre de armas a los hombres.

El señor de las tinieblas, al ver su derrota, se enfureció y mandó que el maíz fuera encarcelado en la casa de las serpientes. Nuevamente, el joven resultó vencedor, ordenando a las culebras servir de cueros para mecapales desde ese día.

El maíz pidió a las tuzas cavar la tierra para que se derrumbara la ciudad de los muertos. Fue entonces que se vino abajo y ahí, entre los escombros, encontró la tumba de su tata. Brincó siete veces sobre ella, escarbó hasta hallar los huesos y logró revivirlo. Entonces le pidió a la iguana:

—Lleva este recado a mi madre, dile que para lograr la inmortalidad del tata y de todos los hombres, ella debe recibirlo con alegría, sin llanto, festejando con mucha bulla y risas su llegada.

La iguana, que iba muy despacio, se encontró a la veloz lagartija y le contó cuál era su misión. Ésta se ofreció para llevar el mensaje más rápido y que la madre estuviera prevenida con tiempo. Sin embargo, al llegar dijo a la mujer:

—Te previene tu hijo que al ver a tu esposo, llores como nunca, dando muestras de honda tristeza. Sólo así tu marido permanecerá contigo para siempre.

Cuando el tata y el joven maíz se aproximaban, la madre hizo lo recomendado por la lagartija y al momento el tata se transfiguró en venado, huyendo hacia el bosque.

El maíz, enojado, pidió explicaciones a la iguana, quien aclaró que la lagartija había sido la responsable. Llamaron a ésta y le reclamaron duramente. El maíz sentenció:

—Has sido la culpable del fugaz paso de los hombres por el mundo. El dueño de las tinieblas otra vez tendrá poder sobre ellos;

pero no me está permitido destruirte; sólo te castigaré partiendo tu lengua en dos mitades, como señal de tu falta.

Ahora, a quienes mienten se les llama "lagartijas". Así nació la falsedad en el mundo, que negó la eternidad de los seres humanos sobre la Tierra. El maíz, desconsolado, al ver que su intento había fracasado, no pudo seguir ya su camino, y se quedó triste a vivir en ese sitio. Al poco tiempo, fue echando raíces y su cuerpo erguido se fue llenando de hojas alargadas, convirtiéndose en la planta que daría las mazorcas a los hombres.

Hoy, los pueblos veracruzanos tienen sus abundantes milpas gracias a Dios que salvó al maíz de morir ahogado, y a los diablos, quienes lo criaron como a un hijo, aunque una vez quisieran comérselo.

QUETZALCÓATL Y QUETZALPÉTATL

Bajo la amplia sombra de una ceiba, tres amigos recordaban un hecho que había ocurrido en su reino hacía tiempo. Tochtli dijo:

—Eso sucedió en la época de nuestros primeros abuelos, cuando todavía Coatzacoalcos era apenas un poblado.

Cóyotl agregó:

—Sí, fue necesario que llegara a la aldea el dios Quetzalcóatl. Él nos enseñó a cultivar los deliciosos frutos, los algodones de colores con que las mujeres aprendieron a hilar y a hacer hermosos huipiles, con dibujos de todas las formas, que narraban nuestras hazañas. Y sobre todo, él nos ayudó a preparar los arcos, flechas y lanzas con las maderas más resistentes de la selva, para ser capaces de luchar y vivir en libertad. Recuerdo que todo el pueblo lo llamaba Padre Serpiente y Pájaro. Desde los niños hasta los ancianos lo amaban y hacían todo lo que él les enseñaba, porque sabían que eso era para su propio bien.

Cuauhtémoc, que escuchaba a su amigo con los ojos cerrados en el sopor de la siesta, continuó:

—Contaban también que apareció en primavera, al mediodía, vistiendo una túnica blanca pero manchada por el polvo del largo viaje. Traía en la mano derecha un báculo incrustado con turquesas, plumas de quetzal, colibrí y guacamaya. Sobre el pecho, comentaban nuestros mayores, reposaba una trabajada máscara de oro, jade y turquesa, que pendía, desde el cuello, de un sartal de conchas marinas. Cubría su espalda una suave piel de jaguar.

Volvió a tomar la palabra Cóyotl, quien añadió:

—Pero en esa presencia se veía un rostro hambriento, triste y fatigado. La causa no parecía ser sólo el peregrinar de mucho tiempo. Decían que se aproximó a la plaza del pueblo y explicó: “Soy Quetzalcóatl, el dios creador de los hombres y sus alimentos; soy también el maestro. Vengo de Tollan, la hermosa ciudad de los valles y lagos en la tierra de los volcanes. He abandonado a mis hermanos porque he sido víctima de cuatro demonios enviados por Tezcatlipoca; por ellos caí en una trampa y fui tentado por la carne. Pido permiso a este pueblo para hacer aquí mi penitencia y salvar mi alma, yo devolveré ese favor heredando a sus hijos el amor a la sabiduría en las ciencias y en las artes”.

Cuitláhuac, el cacique y mejor guerrero del reino, respondió al visitante: "Que así sea, buen hombre. No te conocemos, pero aquí encontrarás la paz y la amistad. Ahora reposa y alimenta tu cuerpo con estas frutas de nuestra tierra".

Tochtli recordó que todos los hombres aprendieron rápido a hacer hermosas casas, armas labradas, complicados tejidos, muebles de maderas finas, aceites y perfumes de flores tropicales y, sobre todo, a memorizar cantos que agradecían a los dioses la vida y el alimento.

—Pero todo eso terminó un atardecer, cuando llegó una hermosa joven de negra cabellera, cubierta por un vaporoso huipil que dejaba ver una atractiva figura —relató Cóyotl, agregando—: ahora no recuerdo su nombre...

—Se llamaba Quetzalpétatl —prosiguió Cuauhtémoc—, y ella fue nuestra perdición —aclaró con cierta tristeza.

Tochtli explicó que los hombres ya no quisieron saber nada de las lecciones de Quetzalcóatl y que todos se reunían en la casa de la misteriosa mujer. Las esposas aseguraban que sus maridos, como hechizados, bailaban y se embriagaban hasta el amanecer.

Dicen que Quetzalcóatl no quiso enfrentarse nunca a esta muchacha, aun sabiendo que ella era la causa de la destrucción de su obra. Pero una mañana en que se presentaron las esposas y los niños a rogarle para que salvara a los hombres y jóvenes de la aldea, el dios prometió ir a la casa de la maga y echarla del pueblo.

Cóyotl intervino para continuar el relato:

—Afirmaban que el dios tenía miedo de luchar con esa mujer porque él reconocía que ella era una de las hijas del infierno, que le había hecho tanto daño; y no sabía si ya estaba preparado para resistir la tentación del placer que la diablo le había provocado. Y aunque dudaba, se encaminó decidido a la vivienda de Quetzalpétatl.

Ella estaba recargada sobre el quicio de la puerta, como quien espera una visita, y viendo llegar a Quetzalcóatl le mostró su esbelto cuerpo. Y sin dejarle decir palabra le propuso: "Vámonos de este pueblo del que ya estoy harta; quiero vivir para siempre contigo porque te amo. Si tú no vienes, yo iré a tus otros reinos a destruirlos, dejando embrujados a los hombres".

Quetzalcóatl, al principio, escuchó con sorpresa la propuesta, reaccionando posteriormente sereno, para aconsejarle a esa maligna

mujer: “Mira, Quetzalpétatl, a pesar de tus cambios y atavíos, reconozco en ti a uno de los demonios enviados por Tezcatlipoca para traicionarme. Sin embargo, te perdono y te ruego abandones este lugar para que sus hijos encuentren pronto el camino recto de la vida”.

La hechicera reaccionó furiosa e increpó al dios: “¡Qué me importa tu perdón! ¡Lo que yo quiero es que seas mío o destruiré a todos los hombres de esta tierra!”

Quetzalcóatl sentenció: “Por desobedecer a un dios tendrás un castigo, aunque yo también deba sufrir el mío y abandonar la vida. Serás el ave dañina de la noche, porque presagiarás la muerte y los desastres. Todos te llamarán lechuza y te despreciarán”.

Quien terminó de narrar la historia fue Cuauhtémoc, completándola mientras la luz del sol comenzaba ya a ocultarse:

—Fue así como Quetzalcóatl marchó a nuestras playas, se ató a la cintura la piel de jaguar, sobre el torso desnudo pintó los signos sagrados que sólo usan los dioses, se calzó el arco y el carcaj sobre el pecho y se puso la máscara de oro, jade y turquesa. Algunos recuerdan que llamó a siete enormes culebras marinas, a quienes ordenó trenzarse, para él montar sobre ellas e iniciar un viaje sobre las aguas, del que no regresaría jamás. Otros afirman que después de calzarse la máscara, hizo una gran hoguera de maderos perfumados, se introdujo en ella y ardió hasta quedar su cuerpo convertido en ceniza, de donde brotó un colibrí que remontó vuelo hacia el cielo, volviéndose el lucero que hoy miramos.

EL CERRO DE LA ZAPATILLA

“Es cosa mala la orfandad. Por más que a una la insulten, la castiguen y hasta le peguen, los tatas saben bien por qué hacen esas cosas”, pensaba Cándida Aguilares, muchacha de unos dieciséis años, que corría desesperada hasta el voladero, para arrojarse por él en esa soleada mañana de agosto. Antes de saltar, gritó:

—¡Sálvame, Dios mío! ¡Padres, perdonenme por lo que hice!

Cuando se tiró al vacío, su cuerpo fue envolviéndose en llamas hasta estrellarse contra la tierra, y que sólo quedó ahí tirada en el suelo una zapatilla negra, de donde fue emergiendo un cerro que adquirió la forma del calzado.

En muchos casos, las montañas tardan siglos en levantarse de la tierra; esta vez, sólo unas cuantas horas bastaron para el surgimiento de una elevada loma. Hoy, la gente comenta ese milagro como una señal del perdón de Dios o simplemente como un aviso para aquellas jóvenes que desobedecen a sus padres y encuentran en su destino la peor de las muertes.

Todo había comenzado la noche anterior. Cándida quería ir al baile del Alto, pero su padre, Justo Aguilares, le explicó:

—No puedes ir, hija. Desde el rancho hasta el pueblo hay una hora de vereda. Yo no puedo acompañarte; tu mamá sigue muy enferma y debo cuidarla, darle sus medicinas y estar pendiente de ella; no vaya a ser la de malas y se nos agrave. Además, tengo que ir temprano a la milpa para cosechar algo y vender el domingo en la feria y no sé si alcanzará para el gasto...

Enfurecida, Cándida respondió:

—Lo que pasa es que ustedes no me quieren dar gusto en nada. Y con esas excusas, si no voy a los bailes me quedaré para vestir santos. En realidad ustedes no aceptan que yo tenga un novio, porque como soy hija única pretenden asegurarse que yo les sirva a los dos, cuando ustedes ya no tengan salud para nada.

Don Justo quiso contentarla y le prometió:

—Mira, Cándida, para la próxima, yo mismo te llevaré al baile, y te esperaré allí afuera hasta que tú quieras regresarte. Después de vender esta cosecha te compraré un vestido muy bonito, también te regalaré collares, brazaletes y zapatos nuevos. ¡Serás la muchacha más guapa de la fiesta!

Cándida seguía más molesta y dijo:

—No habrá otra vez. Sé que luego me dirás que hay que guardar luto y me seguirás haciendo puras promesas. Pero está bien, hoy no iré y para sacarme la muina me acostaré temprano.

El padre se lamentó de la situación y creyó que su hija estaba ya más calmada. Sin embargo, Cándida sólo había querido cortar la discusión y se fue al cuarto a simular que iba a acostarse, allí dentro sacó su mejor vestido, limpió sus únicas zapatillas, se arregló el pelo, se pintó llamativamente la cara y se echó sobre la cama, esperando a que sus padres se durmieran.

Como a eso de las once, advirtió únicamente ronquidos dentro de la casa y afuera algunos rumores de animales, que le daban la seguridad de que podía escaparse al pueblo. Se levantó sin hacer ruido, abrió con el mayor cuidado la puerta y se marchó bajo el estrellado cielo con la idea de que antes de las cinco estaría de regreso.

Tomó la vereda más corta y apresuró la marcha. Habría caminado la mayor parte de la senda cuando a la entrada del pueblo, detrás de un jinicuil y entre unas matas de café, le salió al paso un joven de unos veinticinco años, muy bien parecido y engalanado con un impecable traje negro y un sombrero de copa del mismo color, quien la saludó:

—Buenas noches, señorita Cándida. ¿Va usted al baile? Yo también, pero no tengo pareja. Si usted quisiera...

La joven, que venía exhausta de la caminata, sintió que el cansancio desaparecía como por arte de magia y contestó:

—Por supuesto, señor. Yo puedo ser su acompañante, pero prométame que más tarde me llevará hasta mi rancho —y agregó—: ¿pero cómo sabe mi nombre?

El desconocido la tomó del brazo y le susurró al oído:

—¿Quién no sabe cómo se llama la muchacha más bonita de estos parajes?

Cuando llegaron al salón del pueblo, Cándida estaba profundamente enamorada del inesperado galán. Bailaron toda la noche, envueltos en un perfume de flores mezclado con el aroma de un puro que el extraño no dejaba de fumar.

En un momento en que la muchacha se notaba cada vez más atolondrada por las vueltas de las piezas musicales y el penetrante olor, pidió a su pareja:

—Ya vámonos. Debo llegar a mi casa antes de las cinco. Mi tata a esa hora ya se va al campo.

El atractivo bailarín aceptó, sugiriéndole:

—Sí, vámonos; pero antes pasaremos por mi casa para que bebas un café y llegues a tu rancho sin cansancio.

Cándida aceptó eufórica y agregó:

—Bueno, salgamos de aquí pronto.

Ambos se marcharon abrazados y jurándose no separarse nunca. Cándida, aunque no había tomado un trago, sentía una embriaguez desconocida, pero que le resultaba muy placentera.

Llegaron a la morada del novio. Era una cueva, donde una lujosa cama de oro, cubierta con coloridos cojines y colchas rojas, resaltaba en el centro de la gruta. La joven se dejó llevar al lecho. Él la desvistió y la recostó. Entre sueños, Cándida gozaba del amor de los besos, las caricias y su entrega. Luego, se durmió profundamente.

Al despertar, se encontró desnuda, poseída y en un lugar sombrío y sucio, donde todo olía a azufre. El atractivo tálamo había desaparecido. Su "prometido" no había dejado ningún rastro. Comprendió quién había sido su verdadero compañero. Se levantó rápido del suelo, se vistió y salió corriendo hacia los acantilados para terminar con su vida.

EL FUEREÑO

Por la iglesia de Santiaguito, en una genuina casona colonial, vivía la familia Palacios Covarrubias, de ascendencia española, con su bella hija de diecisiete años, Mercedes, la única y débil esperanza de la familia para sobrevivir su sangre en ella, pues desde su nacimiento fue una criatura enfermiza. La compañía de jardines y huertos de los patios señoriales en su morada la ayudaban a pasar los días con cierto nostálgico placer. Gracias a las bondades de esas huertas, la casa estaba alegre y colmada de flores y frutos.

Siempre fue su nana, la mulata Catalina del Moral, quien la acompañaba a todas horas. Un mediodía en que ambas salieron para oír misa en Catedral, al pasar por uno de los senderos del parque central, la muchacha sintió una filosa mirada que la repasaba de pies a cabeza. Un par de ojos negros que completaban el atractivo del juvenil rostro y de espontánea inteligencia, se adueñaron de su corazón. Entre sus amistades, nunca había visto esa figura distinguida.

Se trataba de una persona extraña que tal vez visitaba a alguna ilustre familia de esta ciudad. Catalina no se había percatado de las emociones surgidas entre los dos jóvenes; sólo se fijó en él cuando apenas apoyado sobre el tronco añoso de una araucaria dijo: “Buenas tardes, encantadoras damas”, mientras se quitaba el negro sombrero de copa y hacía una reverencia, poco usual entre las costumbres de esta provincia. Mercedes se sonrojó y bajó la mirada al pasar junto al desconocido. Ninguna de las dos contestó al saludo. Sin embargo, Catalina, mujer de experiencia para el impacto amoroso y sensual, comentó mirando de reojo hacia Mercedes:

—¡Qué hombre tan guapo! ¿Qué estará haciendo por Xalapa? Señas de comerciante no tiene... Para político le sobran maneras y elegancia...

Aunque a Mercedes le pareció excesiva y descarada la confesión de su acompañante, únicamente atinó a responder:

—Sí, tienes razón, es enigmático y guapo. Se ve un hombre fino y de mundo... ¡Bueno, apurémonos, que va a empezar la misa!

Al otro día, deseó tener otro encuentro con él, aunque no sabía dónde hallarlo. Pensó en hacer el mismo recorrido, pero esta vez sin la tutela de Catalina.

Nuevamente lo vio en el lugar en que el día anterior lo descubriera. Él la observó y se dio cuenta de que ya la tenía conquistada. A propósito, dejó caer el bastón y los guantes, cuando intentaba hacer una nueva reverencia con el sombrero. Ella hizo un movimiento de asombro y susto que la obligó a retroceder unos pasos. El joven exclamó:

—¡Mil perdones, mi querida señorita!

Extendiendo su mano para recibir la de ella, se inclinó y dejó sobre la delicada piel un ligero beso que hizo estremecer a Mercedes.

Después de sentir el temblor de la muchacha y con el propósito de ofrecerle cierta tranquilidad, el caballero dijo:

—Soy Manuel Contreras de la Peña. Estoy pasando aquí unos días de descanso por recomendación de mi médico, que me aconsejó este paraíso como lugar saludable. Y no se equivocó. Aunque realmente no padezco una enfermedad preocupante, estos últimos meses me he sentido muy agotado... quizá por la soledad.

Mientras Manuel pronunció toda esa explicación, retuvo la mano de Mercedes entre las suyas. Ella, ya más segura, contestó:

—Yo soy Mercedes Palacios Covarrubias, y si usted no tiene amistades xalapeñas, yo podré presentarle algunas para hacerle más placentera...

Él le impidió terminar su ofrecimiento, confesándole:

—La única presencia que necesito es la suya, Mercedes.

Acto seguido, la tomó del brazo y pasearon por el parque durante horas, mientras él le narraba historias fabulosas de países de los que ella nunca había escuchado sus nombres: Capadocia, Anatolia, Tasmania, Samoa, entre otras palabras que la transportaban a lugares poblados de torres, castillos encantados, majestuosos templos, jardines floridos y mares de un azul profundo y altos oleajes.

Para corresponder, Mercedes, que escuchaba extasiada las palabras de Manuel, señaló:

—¡Qué diferente es la vida para unos y para otros! Yo me siento muy triste en Xalapa porque siempre he estado sola y, sobre todo, porque con frecuencia debo pasar temporadas de encierro a causa de mi precaria salud. La única alegría que tengo en esos momentos es la que me dan los jardines y las huertas de mi casa. ¡Cómo gozaría poder cultivarlos! No sabe cuánto disfruto el aroma de los claveles, de los jazmines y de las madreselvas; y cuando

empieza a anochecer, el delicado perfume de los huele-de-noche... pero siempre en soledad.

Manuel, haciendo una suave presión sobre el brazo de la joven, acercó su rostro al de ella y susurró:

—Yo haré que olvides esa melancolía.

A partir de esa primera charla, la pareja se citaba en el parque diariamente. Pronto resultaron el objeto de la envidia de otros paseantes que por ahí circulaban mirándolos con recelo.

La gente empezó a hacer comentarios, maliciosos unos, fanáticos otros. Decían que el fuereño tenía pacto con el diablo o que se trataba del mismísimo Satán, ostentando su imagen de catrín. Mercedes, enterada, creyó que sólo eran maledicencias motivadas por la envidia a la galanura de su novio.

Los rumores llegaron pronto a oídos de sus padres. Inmediatamente exigieron explicaciones a la joven por esa nueva amistad, pidiéndole que lo invitara a merendar para conocerlo y poder determinar si aprobarían o no la relación de su hija.

Mercedes no estaba segura si a Manuel iría a caerle bien esta invitación, pues había notado que el joven prefería las conversaciones solitarias y que nunca hacía alusión a los suyos. Por eso, tuvo temor de ser rechazada y juntó el valor suficiente cuando él le planteaba la necesidad de escapar hacia esos misteriosos parajes descritos en sus conversaciones. Mercedes, en tono bajo, le explicó:

—Mire, Manuel, eso es imposible. Justo hoy, mi padre me ha manifestado firmemente su interés por conocerlo. Hay cosas que dicen de usted en la ciudad y mi familia no quiere que me hagan daño.

Era extraño, pero la muchacha esperaba que él exhibiera algún gesto de desagrado o simplemente se negara a ir a merendar con su familia, ese atardecer del 24 de junio, cuyo cielo prometía una luminosidad rojiza para las primeras horas de la noche.

Por el contrario, el novio afablemente expresó:

—Muchas gracias, Mercedes. Si me lo hubiera pedido antes, gustoso hubiera acudido a solicitar la aprobación de sus padres.

Se despidieron y acordaron encontrarse a las siete de la tarde en la casona familiar que Manuel ya conocía de vista, porque siempre acompañaba a Mercedes casi hasta la puerta.

La joven eligió su mejor vestido, ligero y vaporoso, para llamar la atención y el cariño de su prometido. Se encargó de que

todos los comestibles fueran manjares dignos del paladar de su amado.

Justo a la hora fijada, al unísono con las campanas de la iglesia de Santiaguito, el aldabón llamó tres veces, Mercedes acudió apresurada a abrirle. Elegante como siempre, Manuel traía consigo un tupido ramo de huela-de-noche, que con la blancura de los pétalos creó un instante de confusión entre el albo ropaje de ella y el manojo de flores. La joven, emocionada y cautivada por el gesto, llevó el arreglo hasta cubrir su cara, aspirando profundamente, como si quisiera retener de golpe toda su fragancia. No bien había inhalado aquel perfume, Mercedes cayó muerta y Manuel desapareció en una humareda que mató el aroma de las flores nocturnas, sustituido por el del azufre.

Los padres, extrañados de que el invitado y su hija no entraran a la sala donde los esperaban, enviaron a Catalina a averiguar el motivo de su demora, ésta se dirigió al zaguán y al ver el cuerpo inmóvil de Mercedes en el suelo, lanzó un grito angustioso que resonó en la añosa mansión. Todos los de la casa acudieron asustados. Con horror, contemplaron el cadáver de la muchacha, que ante sus ojos iba recibiendo las huellas de un tiempo no transcurrido, ajándola sin piedad.

La noticia voló por toda la ciudad. Para callar rumores que resultaron ciertos, los padres vistieron a Mercedes con un immaculado traje, intentando semejar la pureza de una santa.

La sala mayor de la casona donde se velaba el cuerpo de la muchacha, estaba inundada de diversas flores blancas, tratando de eliminar el nefasto recuerdo diabólico: rosas, claveles, adelfas, gardenias, gladiolas, jazmines, campánulas, azahares y nubes se esparcían al derredor del féretro.

Habían transcurrido dos horas de velatorio cuando los ramos comenzaron a marchitarse primero y luego a morir, lo que resultó una extraña y temerosa circunstancia para los dolientes, quienes no sin cautela, se acercaron al ataúd quedando paralizados por lo que descubrieron: los diecisiete años de Mercedes habían retornado, devolviendo al cuerpo su lozanía y mudando el pelo encanecido por una sedosa y negra cabellera.

EL MOSCO

—¡Abre, Mica! ¡Abre, por Dios! —y con llanto entrecortado agregó—: ¡Ya me desgracié para siempre...!

Los pavorosos gritos de horror callaron por un instante los sonidos de los animales nocturnos. Serían como las cuatro de la mañana cuando una mujer regordeta y treintona, adormilada, entreabrió la puerta de madera y dando un largo bostezo dijo:

—Ya, Tino, deja de armar alboroto. Llegas como si hubieras visto a La Llorona. Cállate que vas a despertar a los chamacos.

El hombre entró atropelladamente al cuarto y sin dejar de sollozar, preguntó con cierto rencor:

—¿Pero por qué no me esperaste, Mica? Ahorita estamos salados de por vida. Si hubiéramos regresado juntos no me habría pasado ese encuentro espantoso.

Micaela se despabiló con el comentario, miró a su marido pálido, todo tembloroso y con el rostro desencajado. La mujer explicó:

—¿Y cómo te iba a esperar? A la medianoche ahí estabas tirado de briago; además, de puro necio repetías que yo me viniera sola y que tú te quedarías para el baile. ¿Cuál baile? Los invitados jalaron para su casa cuando ocurrió lo del diablo.

Al mencionar esta última palabra, ella se santiguó tres veces; y Faustino al oír el nombre del chamuco, se hincó frente al altarcito de la Virgen y en voz alta repetía:

—¡Perdóname, Madrecita! Te juro que no volveré a echarme una copa. ¡Perdóname, yo andaba borracho. En mi juicio no me habría tentado el maldito!

La veladora permitía a Mica ver cómo realmente su marido sufría y para calmarlo lo ayudó a levantarse y a sentarse en una banca. Lo abrazó como si fuera su hijo y se quedaron en silencio, mientras él continuaba con su llanto. Allí supo ella que algo grave le había ocurrido a su hombre. Le habló en voz baja:

—¿Pero qué ha pasado, Faustino? Siempre te perdonará la Virgen cuando hay arrepentimiento, y tú estás muy arrepentido. Te traeré un jarro de café para que se te aclare la mente y me cuentes todo lo que te ha pasado.

El esposo le rogó:

—¡No! ¡Por favor, no me dejes solo! Ahorita no necesito café sino que me oigas. Venía yo por el atajo a Miraflores, a los tumbos por el harto licor que me había echado. Me detuve junto al guayabo para apoyarme y esperar ahí que se me bajara tantito la borrachera. En eso estaba, cuando de repente escuché un zumbido fuerte que salía de entre los matorrales, miré al suelo para ver de dónde provenía el ruido y divisé una botella que tenía adentro un mosco muy verde, que alumbraba a su alrededor como una linterna y que volaba muy rápido. Me acerqué más y la levanté. De ahí oí clarito que me decían: “Compadre Fausto, abra la botella. Le prometo que si me deja en libertad, lo haré muy rico y le daré todo el éxito para conquistar a las mujeres”.

”Al comienzo sentí que el mareo se me había quitado y que no era mi imaginación la que me hacía escuchar tales ofertas. Le pregunté al bicho que cómo sabría yo que era cierto lo que me decía y el animal me respondió: ‘Riesgos son riesgos. Si no me sacas de aquí, no podrás comprobarlo y toda tu vida andarás arrepentido por no haberme ayudado y permitir que yo te ayudara. Tú ábrela. Total, nada pierdes’.

”Yo le pedí una prueba y, en el acto, sobre una roca brillaron grandotas cinco monedas de oro. El mosco me aclaró: ‘Bueno, ahí tienes una; pero si te las llevas sin quitar el tapón, se te volverán pura ceniza’.

”Con esa comprobación me convencí del poder de la sabandija y le saqué la tapa a la botella. En cuanto la abrí, el animalejo se transformó en un señor muy elegante vestido con traje negro y un adornado sombrero destellante por sus aderezos de plata, que no me permitía verle la cara, luego soltó una espeluznante carcajada y desapareció en una nublazón amarillenta. Yo arrojé la botella y me agaché para levantar las monedas, pero cuál no sería mi sorpresa al ver que se habían transformado en estiércol. Ahí advertí que todo había sido obra del diablo y salí corriendo hasta llegar a nuestra casa.

Micaela, después de escuchar atentamente el relato, exclamó:

—¡Ay, si serás tonto! ¡¿Cómo pudiste hacer tamaña cosa?! Por eso terminó la boda rápido. Nadie supo cómo, pero un catrín llegó a la fiesta, muy elegante con su traje negro y un costoso sombrero; se hizo amigo del novio y lo invitó a beber y entre tantas copas, el muchacho se quedó ahí ahogado. La novia se molestó

retemucho y se fue a dormir sola. A todos nos pareció que la pobre tenía su razón y no le dimos importancia a su proceder.

Luego de un rato, escuchamos: "¡Socorro! ¡Socorro! ¡El pingo me quiere hacer su mujer!"

"Las madrinas corrimos en su defensa y vimos cómo el maligno se convirtió en un mosquito para huir. La Sabina, que ya le había tocado presenciar en otras ocasiones este engaño, sacó un rosario y lo correteó por el cuarto mientras repetía: "¡Señor, ayúdanos a atraparlo! ¡Señor, deja que lo agarremos!"

"El bicho pareció atontarse por los gritos de Sabina y se posó en el pico de una botella vacía. Ahí pudimos encerrarlo y le pusimos un corcho bien asegurado, mojándolo en agua bendita. Luego, la Sabina tomó el envase y lo tiró lejos en el monte y nos confió que de ese modo Satanás se moriría; pero se ve que no fue así. Yo creo que con su propia fuerza maldita el mosco fue llevando la botella hasta el guayabo. Por eso tú te la encontraste allí en el atajo y él logró engañarte y hacer que tú lo liberaras. Yo creo que al demonio no se le puede derrotar tan fácilmente."

Al concluir su relato, Micaela y su marido se hincaron frente al altarcito y se persignaron tres veces.

SERENATA DE UN CHARRO

Candelaria se levantó muy contenta esa mañana, al otro día era su santo y la familia iba a regalarle una fiestecita para que estuviera con sus amigos. Desayunó rápido su café con pan y salió a invitar a dos de sus primos que vivían cerca de Sihupan.

Al llegar a la casa de sus tíos, tres jóvenes platicaban sentados en el corredor mientras tomaban unas caguamas. Un moreno, alto, corrioso y costeño se levantó para saludarla:

—¿Qué pasó, mi Cande? ¿Ya está lista la tamaleada para festejar tus quince?

Ella se turbó al ver los envases desparramados por el suelo y pensó que sus primos ya estaban borrachos. El que la había recibido percibió la inquietud de la muchacha y agregó:

—No te molestes, prima, estamos en confianza. Mira, te presento a Ángel, un cuate de La Barca, Jalisco, que vino a pasar unos días con nosotros.

El muchacho se paró, dejando sobre la banca una guitarra muy llamativa por las cintas de colores que colgaban del brazo, y le dijo:

—Buenos días, señorita. Justamente aquí me platicaba Andrés que mañana es el santo de una prima y que de seguro tendríamos una buena pachanga.

Santiago, que no había intervenido en la conversación, viendo a Candelaria más nerviosa, se apresuró a disculpar al amigo y comentó:

—No hagas caso, Cande; ya este cuate tiene un cartón atragantado. Ven, siéntate y háblanos de tu visita.

La prima se sentó junto a ellos y sin levantar la vista empezó a balbucear:

—Yo venía... este... a... a... decirles... este, bue... bueno, si no... si no tienen... este... otro... este... otro compromiso...

El de La Barca intervino, sin dejarla terminar la invitación:

—¡Pero qué compromiso vamos a tener! Mañana vamos a tu fiesta. Por algo me urgía viajar a Veracruz...

Cuando pronunció este último nombre, el muchacho tomó la guitarra, rasgueó dos compases y echó una escupida al piso. Aclaró la garganta y continuó:

—Lo que no me dijeron estos canijos es que la prima fuera tan bonita y tan tímida...

Candelaria se sintió desafiada y recobró la seguridad, observando detalladamente al forastero. Le gustó el desparpajo con que le hablaba, le entusiasmó el coqueteo y su mirada recorrió lentamente el rostro atractivo y el fornido torso descamisado. Se dio cuenta que las tupidas cejas rubionas le resaltaban el color felino de los ojos, que se hacían más claros cuando la afilada nariz se perdía en el espeso bigote, humedecido por la cerveza, que remarcaba sus gruesos labios, dejando ver una perfecta dentadura al dar las risotadas.

El visitante advirtió que su presencia no le era indiferente a la cumpleañera. Aprovechó la circunstancia y quiso averiguar:

—¿Y tú, Cande, ya tienes novio o alguno que te ande echando los perros?

Como si esperara la pregunta indiscreta, Candelaria respondió sin titubeos:

—¿Yo? ¡Qué voy a tener novio! Mis padres y hermanos me vigilan todo el tiempo.

Los primos siguieron bebiendo y se adormilaron en el banco recargados contra el muro encalado del corredor. El jalisciense se arregló el pelo con las manos y a la joven le pareció que sus rizos lo hacían más alto. Para sacar plática, Candelaria interrogó:

—¿Y tú, cómo te llamas, que ya se me olvidó?

El otro respondió, mientras acariciaba la guitarra:

—Mi nombre es Ángel, pero para las amigas soy “el Chino”. Llámame como tú quieras, mi Cande —y agregó—: ¿te gustaría oír una canción?

La chica respondió afirmativamente con un gesto.

“El Chino” comenzó a rasguear la guitarra mientras tarareaba una melodía valseada.

A la joven le entró un sueño que la incomodó, se levantó súbitamente del asiento y dijo:

—Mejor mañana cantas en la fiesta. Será el regalo más bonito.

El muchacho dejó de tocar, Candelaria estiró la mano para despedirse y le recordó:

—No se te olvide, mañana los espero en mi casa a eso de las siete. Ya no sigan bebiendo porque estarán muy cansados para el baile y yo quiero brindarte la primera pieza.

Él no respondió nada, la miró alejarse y se quedó pensando, mientras tomaba la guitarra entre sus manos: "Esta pueblerina tiene que ser mía. ¿Qué ha fallado?" interrogó al instrumento en silencio. Una repentina brisa agitó las cintas de colores...

Ya era mediodía cuando la joven entró a su casa. Sentía un profundo cansancio y fue hasta su cuarto a recostarse un rato. No podía evitar pensar en ese muchacho. Durmió un momento y soñó que "el Chino" se la robaba y ella iba montada en ancas abrazando esa piel rojiza, fuerte y sudorosa, mientras él conducía hábilmente un caballo negro, con adornos plateados en la montura y en las riendas. La muchacha se sumergía cada vez más en la melodía que brotaba de la guitarra y de la voz de su amado.

Las palabras de una mujer interrumpieron las delicias de ese sueño:

—¡Oye, Cande! Tu padre ha llegado y vamos a comer.

Candelaria sacudió la cabeza, se incorporó y sonrió al ver a su madre; ésta le dijo:

—Hija, es poco lo que te podemos ofrecer para tu cumpleaños. Tu padre encargó una medalla con las imágenes de la Virgen de la Candelaria y la del Carmen. Es oro bajo, mi niña, pero lo importante es que está bendita. Póntela, aunque falten algunas horas para tu fiesta.

Candelaria vio con admiración el regalo de sus padres. Se colocó la medalla y agradeció el obsequio.

Pasó la tarde y la muchacha no podía dejar de pensar en "el Chino", aunque cada vez que acariciaba su recuerdo, le producía en el pecho una inquietud desconocida. La tarde se hizo larga, mientras ayudaba en los preparativos para la fiesta. Toda la familia colaboró para que el mole y los tamales del 2 de febrero estuvieran muy sabrosos. A eso de las nueve, se fueron a dormir.

Cande, que había cuidado con esmero los detalles, se sentía extenuada y pensó que su recámara, a la que llegaban las luces de la calle y los ruidos del vecindario, sería un buen lugar para dejar de pensar en "el Chino", sin embargo no pudo conciliar el sueño. Cerca de la medianoche, escuchó un caballo bronco que repasaba los cascos sobre las piedras de la calzada sacando filo a las herraduras. Adormilada, imaginó que un galán venía a cantarle "Las mañanitas", cuando oyó que un par de espuelas se dirigían hacia su ventana.

Se tapó la cabeza con la colcha, porque aquella desazón que le oprimía el pecho por la tarde, volvió a estremecerla al darse cuenta que la recámara comenzaba a llenarse de un extraño y encantador perfume. Primero sintió deseos de correr al balcón y entregarse a los brazos del misterioso visitante; después, cuando empezó a escuchar la melodía de vals que la adormeció esa mañana en la casa de sus primos, le entraron ganas de bailar y girar hasta caer rendida al piso. Había enloquecido de amor y deseo de ser poseída por quien entonaba esa canción:

Cande, abre tu ventana y ámame.
Dame tu mano y nos amaremos,
como un solo son nos uniremos.
Toma mi mano y nos amaremos,
como un solo son nos uniremos.
Cande, abre tu ventana y ámame.

Al oír este último verso, la joven corrió a la ventana para entregarse apasionadamente a su enamorado, abrió las dos hojas y encontró al "Chino" con su guitarra engalanada, de cuyas cintas de colores emanaba un aroma embriagante. Mientras cantaba, un nervioso caballo negro, como el que ella había soñado, marcaba el compás con las patas sacando chispas al golpear los cascotes contra las piedras. "El Chino" vestía un elegante traje de charro con botonadura de plata y un lustroso par de botas de piel azabache; su mirada enrojecida le quemaba a Candelaria todo el cuerpo. Cuando la muchacha cerró los ojos para recibir el primer beso, el visitante dejó de cantar reteniendo la guitarra en su mano izquierda, arrimó su rostro al de ella y casi al llegar a su boca sintió en el cuello como un latigazo que lo retiró del ventanal. En ese momento, se escucharon en la solitaria calle seis fuertes chasquidos y el resquebrajar de una delgada madera. Toda la guitarra se había reventado, mientras el reloj de la iglesia sonaba la última campanada de la medianoche.

Charro y caballo desaparecieron en un humo azafranado. Candelaria comprendió que "el Chino" no era otro que el demonio, quien fue derrotado por la amorosa medallita que sus padres le regalaran por el día de su santo.

EL BEBÉ

Mientras derribaba de un puñetazo a su compadre Silverio, Encarnación Robles vociferó rencoroso por la fuerza del aguardiente:

—¡Eso va para que aprendas a respetarme y a no meterte con mi familia!

Los parroquianos murmuraron y observaron de reojo el pleito. Una sonrisa burlona de la clientela ayudó para que la respuesta de Silverio calara más hondo en el ánimo del agresor:

—¿De qué familia hablas? ¡Ahí se quedarán secos en tu jacal la comadre y tú!

Encarnación Robles levantó su sombrero del piso, tiró de una patada una mesa de la cantina y se marchó dando grandes trancos todavía firmes, y avanzó por el corredor de la palapa, que albergaba unas cuantas sillas y un largo tablón junto al cual se reunían los campesinos a beber cervezas y refinos los domingos en la tarde. Alcanzó a oír el comentario hiriente de un vecino:

—A este cuate se lo va a llevar la chingada si no empanzona a su vieja.

Sin voltear, y con la mirada enfurecida, desató su rosillo y montó altanero para alejarse de esa fiesta humillante. Sólo una idea le taladraba la cabeza: “Ya va para diez años mi casorio con la Rosa, y ésta no ha sido capaz de darme un retoño. Soy el hazmerreír de todos, hasta de mi compadre Silverio. ¿Cómo es posible que en tanto tiempo no haya encargado ni un chilpayate? Soy fuerte, intentamos todo, las hierbas y los consejos de la curandera. Ya no estoy joven y estos cuarenta años me están acabando... ¡Bah! Será mejor ir a juntar las vacas y regresar con mi mujer”.

Continuó pensando: “Ya son como las cuatro y llegar hasta la loma me llevará una hora, y juntar el ganado, mínimo dos.”

El camino y el sol comenzaban a provocarle un sopor que lo hizo cabalgar cabeceando. Hasta imaginó que se había dormido un rato.

Cuando llegó a la colina, la poca luz de la tarde apenas alumbraba el monte. Se apresuró a reunir los animales antes de que se le hiciera más noche. El esfuerzo resultó en vano, pero el cielo estrellado le sirvió para reunir las últimas reses. No pudo calcular la hora, aunque pensó que serían como las nueve. Tenía que apu-

rarse para irse lo antes posible a su casa. La Rosa de seguro estaría preocupada por la demora.

Inició el regreso por la huella de “las siete vueltas”, por donde decían que se presentaban visiones de toda clase. Aunque no hizo demasiado caso a la creencia, cierto temor empezó a inquietarlo. Iba arreando las vacas por la tercera curva, cuando de pronto escuchó unos llantos de crío entre la maleza. Primero, el susto le sacudió el cuerpo al oír tan extraños ruidos; luego se preguntó: “¿Quién podría haber abandonado una criatura en esta soledad?”

Desmontó de un salto para buscar entre los pajonales al niño que lloraba. Se llevó chica sorpresa cuando descubrió a un hermoso bebé como de seis meses, todo desnudo que, al moverse, daba la impresión de que se lastimaba con la hierba el cuerpecito. Éste calló sus quejidos cuando la luna alumbró un bello e inocente rostro y con sus ojos azules pareció decirle a su benefactor: “¡Me has salvado la vida! Ahora soy tu hijito!”

Encarnación se quitó la camisa y cubrió al pequeño tiernamente para luego apretujarlo entre sus brazos.

—¡Qué contenta se va a poner la Rosa! —exclamó en voz alta mirando hacia todos lados a ver si descubría algún testigo del hallazgo.

A su alrededor todo estaba clarísimo por la límpida luna y no alcanzó a divisar a nadie, y agregó en voz baja para no sentirse un ladrón de niños:

—¡Caray! Uno sufriendo para tener un varoncito que alegre la casa y otros abandonando a esta inocente criaturita... Ya vámonos para que tu nueva mamacita te alimente, te vista y te arrulle.

Montó feliz, llevando con sumo cuidado al bebé. “No vaya a ser la de malas y se me caiga el pobrecito, con esto de que no tengo la costumbre de cargar niño”, pensó, mientras arropaba con mucho esmero al chamaco.

Siguió el rumbo de “las siete curvas” y se olvidó por completo de los chismes sobre las apariciones. Continuaba agradeciendo al destino el haber elegido ese camino para el regreso. Creció su felicidad cuando percibió que el bulto se le arrimaba más al pecho, como si buscara el calor y la protección de un padre.

—Se llamará Celestino, por sus ojos y porque fue la luz del cielo la que lo trajo a nuestras vidas —murmuraba para no espantar el sueño del bebido, quien parecía haberse dormido profundamente.

Cuando llegó a la última vuelta del camino, Encarnación notó que el brazo se le había entumido demasiado, como si estuviera sosteniendo un bulto pesado:

“¡Bah! —se dijo— será que no tengo habilidad para llevar niño, y menos a caballo...”

Hizo un pequeño movimiento para acomodarse mejor a la criatura, pero ésta abrió los ojos y le clavó una mirada seria para hacerle sentir su enojo. Encarnación iba a hacerle una caricia con la intención de tranquilizarlo, cuando el chiquito se sonrió enseñándole una blanca dentadura afilada como de perro. El hombre se asustó e intentó retirar al pequeño de su pecho; éste sacó los brazos de entre la camisa, se aferró a su cuello y soltó una ronca carcajada que tapó los chillidos de las ranas, grillos y murciélagos. El rosillo corcoveó y arrancó desbocado. Por más que Encarnación se esforzaba para detener al caballo y desprenderse de la criatura, los dos fueron a parar entre los matorrales con el fuerte sacudón de la bestia, que desapareció en el monte a toda carrera. El niño seguía prendido como tenaza sobre Encarnación, que manoteaba desesperadamente para quitárselo de encima, sin lograrlo. Casi desfallecido, entre la fresca humedad del pastizal y un tibio líquido que le corría del cuello al pecho, escuchó:

—No, mi nombre no es Celestino. Se parece... me llamo Luzbel, bella luz para los cristianos. No necesito ni papá ni mamá. Sé cuidarme muy bien. Para eso tengo estos dientitos...

Rosa esperaba impaciente a su marido. Parada en la puerta del jacal, miraba desde hacía rato a lo lejos, intentando reconocer en las sombras la figura de Encarnación. Primero llegó el rosillo echando espuma por la boca, dando brincos alrededor de la casa, hasta que más tranquilo se detuvo frente a la mujer. Al comienzo, Rosa no comprendía lo que estaba sucediendo y se arrimó al animal sudado; en ese momento vio que de la montura colgaba la camisa de Encarnación manchada de sangre. Cuando corrió hacia el camino pidiendo auxilio con toda la fuerza de su angustia, sus gritos fueron sepultados por el tropel de vacas que avanzaban enloquecidas hacia la casa, ya vacía para siempre.

SE HUYÓ CON EL DIABLO

Carmen y Eréndira eran las únicas candidatas para ser reina del Carnaval. La que juntara la mayor cantidad de cupones del periódico principal sería la triunfadora en el puerto.

Eréndira, quien había trabajado afanosamente para salir coronada, fue la vencedora. Ésta, además de bonita y rica, era conocida por pagada de sí misma y alocada.

El día de la coronación, Carmela y otra amiga, Natividad, estaban sentadas platicando enfrente de la casa de Eréndira porque querían ver cómo iba vestida para criticarla. Ésta salió muy arreglada y enojada, más altanera que nunca, rumbo a la fiesta, miró fijamente a las muchachas y todavía en son de burla les hizo un "bizco". Para que todos la admiraran no quiso irse en el coche de su papá, sino caminando, para lucir, según ella, como una reina.

Ya camino al baile, la elegida se encontró con un muchacho alto, sobre todo bien parecido, güero y de ojos verdes. Él se le acercó para chulearla y hacerle una inesperada proposición, diciéndole:

—Oye, guapa, tú sí que me gustas. Quiero que seas sólo para mí. Reina, sí, pero únicamente en mis dominios. Vente conmigo y tendrás joyas, fortuna y todos los lujos que desees.

Eréndira, cautivada por esas palabras y la galanura de aquel hombre osado, respondió:

—¿De veras te he impresionado tanto? Bien, te tomo la palabra y me voy contigo; pero primero acompáñame hasta mi casa para que vean esas envidiosas lo guapo que eres.

Él vestía todo de negro y lucía un amuleto de oro y brillantes prendido en la solapa del saco, que fue lo más atrayente para la joven. Traía una gran capa negra con la que tapó a su flamante novia cuando le echó el brazo sobre el hombro. Al ver ese amoroso cuadro, Carmela y Natividad echaban chispas por la envidia y el coraje. Eréndira, que se percató de la furia de sus compañeras, hizo lo imposible para que la notaran muy enamorada, repegándose más al reciente prometido.

Después de pasar frente a sus vecinas, la pareja se alejó hacia la calle principal.

Sólo habían transcurrido unos minutos cuando se escucharon unos gritos pavorosos, la gente corrió sorprendida hacia el lugar de donde provenían los alaridos y encontraron a Eréndira toda golpeada y ensangrentada, con algunos mechones de cabello arrancados y casi moribunda. Inmediatamente la llevaron al hospital, aunque la familia no tenía esperanza alguna de que se salvara; sin embargo, la muchacha fue recuperándose y en sus momentos de lucidez gritaba:

—¡Era el diablo! ¡Era el mismísimo diablo! —y volvía a desmayarse.

Los médicos aseguraban que lo que le habían hecho a Eréndira no era cosa de humanos, pues dentro de su cuerpo tenía numerosas astillas de los durmientes del ferrocarril y espinas de cardón, que les costó varias horas de cirugía para quitárselas.

Cuando al fin la salud de la joven se restableció, explicó:

—Ese malvado fue capaz de arrastrarme por la vía, golpearme y hacerme suya en el cardonal. ¿Ahora, qué voy a hacer? Siento que no tengo fuerza para vivir.

Carmela y Natividad, a pesar de haber sido sus enemigas, la acompañaron mucho tiempo en su convalecencia y querían vencerla de que lo que ella afirmaba no era posible:

—No puede ser que te haya sucedido todo eso, pues nosotras te vimos salir con ese hombre y apenas como a los dos minutos comenzaron a oírse tus espeluznantes gritos, acabando de dar vuelta a la esquina...

Sin embargo, Eréndira insistía:

—Es que no solo mancilló mi cuerpo, sino también mi alma.

Pasó un año para que Eréndira pudiera reponerse anímicamente e intentara olvidar lo sucedido. Mas no lo consiguió, porque al llegar el martes de carnaval, el catrín regresó por ella, esta vez dispuesto a llevársela de su casa en cuerpo y alma. Nunca se supo cómo, pero ella desapareció para siempre.

Todos en el vecindario la recuerdan comentando que la causa primordial de su desgracia fue la de ser tan creída y ambiciosa y, principalmente, por darle tanta importancia a su belleza.

AMOR DE UNA SOMBRA

En un barrio ribereño de Tuxpan vivía un joven, casi niño todavía, pues apenas rebasaba los quince años. Este muchacho, de nombre Enrique, desde muy chiquillo tuvo que valerse por sí mismo, porque su padre, al quedar viudo, pasaba la mayor parte de los días en las cantinas, obligando a su hijo a llevar dinero a la casa para su manutención y vicios; por esta razón su infancia fue muy amarga, transcurrida entre privaciones, trabajos pesados para su corta edad y frecuentes maltratos. Sin embargo, nunca dejó la escuela y decidió abandonar a su padre para poder continuar sus estudios. Logró conseguir un cuarto, gracias a que un compañero de la secundaria convenció a su familia para que le permitieran ocupar la pieza.

Enrique se mudó a su nueva vivienda, llevando con él sus pocas pertenencias pero muy contento por la seguridad que al fin tenía, después de tantos años de vida miserable.

Una vez instalado, a Enrique le ocurrió un extraño suceso: la primera noche sintió que una invisible presencia le hablaba como si quisiera hacerle compañía. Al segundo día, notó que algunas cosas habían cambiado de lugar y que otras estaban escondidas y aparecían de repente. A veces le prendían o apagaban la luz, cuando estaba leyendo. Si bien el muchacho se asombraba de todo esto, lo raro fue que nunca tuvo miedo, al contrario, empezó a considerar a esa presencia como una "amistad" protectora.

Pasado un tiempo, ese "alguien" se convirtió en su fiel acompañante, y Enrique se sentía amparado en las oscuras calles, con frecuencia solitarias, por las que transitaba cuando por alguna razón tenía que salir de noche. Una de esas veces, el joven descubrió la forma de su amigo. Quedó sorprendido al ver su silueta en el momento en que una farola proyectó la sombra de ambos sobre un muro: era un joven como de su edad, pero parecía mucho más alto, porque usaba un casco con grandes cuernos, o al menos eso creyó. Desde entonces decidió llamarlo Normando.

A partir de ese momento, su "amistad" se volvió más estrecha, y aunque Normando nunca respondía con su voz, Enrique conversaba con él de todo lo que le pasaba y de sus aspiraciones.

En cierta ocasión se le presentó a Normando la oportunidad de demostrarle a su compañero esa verdadera "amistad" y protec-

ción: unos maleantes intentaron asaltar a Enrique, pero huyeron despavoridos al verse golpeados por algo invisible que dejaba sentir la presencia de un hombre con cabeza de toro.

Normando pasó a ser el consejero invisible de Enrique, pudiendo sacar éste el mayor provecho de las cosas y de la gente, gracias a las recomendaciones de su "amigo", quien le enseñaba también a ser cada vez más pícaro y arrogante. Así fue como el muchacho continuó con sus estudios y empezó a trabajar, mejorando rápidamente su situación económica, lo que resultaba incomprensible para los demás.

A instancias de Normando, se independizó de la familia que tanto lo había ayudado y se mudó a un lujoso departamento, llevando con él a su "camarada".

Con el tiempo, Enrique finalizó sus estudios y mejoró aún más sus condiciones de vida, siempre gracias a la misteriosa sombra.

En esa época el joven conoció a una muchacha que le gustó para esposa y decidió formar una familia, por lo cual habló seriamente con su compañero, diciéndole:

—Mira, Normando, hemos sido muy cuates. Reconozco que hemos compartido muchas cosas, y sobre todo que me has ayudado mucho. Sé que voy a extrañarte, pero ¿qué quieres? Ha llegado el momento de separarnos. Pronto me casaré y no creo conveniente que sigas a mi lado. Más vale que te busques otro. Sé que no te será difícil encontrarlo.

Normando no manifestó nada y su sombra fue diluyéndose en la pared hasta desaparecer. Ésa fue la última vez que Enrique vio lo que antes había sido una entrañable presencia.

Al día siguiente, cuando el muchacho se dirigía en su coche a visitar a su novia, trágicamente murió en un inexplicable accidente. Ni averiguaciones policíacas ni autopsia justificaron el percance. Sólo se supo que la víctima quedó con un gesto de terror congelado en el rostro.

LA NIÑITA ACURRUCADA

Por allá de 1950, Eugenia, una joven de dieciséis años que había abandonado a su familia por los maltratos de su madrastra, llegó a refugiarse a la casa de doña Eulalia García, su madrina, quien vivía en el barrio de San Bruno en Xalapa.

La relación entre ellas siempre fue muy amigable, doña Eulalia solía aconsejarle:

—Hija, cuando vayas con tus amigas al centro, no regreses después de las nueve, porque éste es un lugar de pleitos y tú debes darte a respetar.

Eugenia siempre le hacía caso y veía buenas las advertencias de su madrina.

La muchacha dormía en un cuarto que quedaba un tanto retirado del resto de la casa donde habitaba Eulalia con sus siete gatos.

Una noche de densa niebla, ya en diciembre del 53, Eugenia no podía conciliar bien el sueño a causa del intenso frío decembrino. De pronto comenzó a percibir un calorcito suave en la espalda. Pensó: "Ha de ser uno de los gatos", y no le dio mucha importancia al asunto; por el contrario, se sintió contenta de que el animal hubiera ido a hacerle compañía en ese oscuro y helado cuarto.

Cuando nuevamente se disponía a dormir, advirtió que no era la cercanía de un animal la que le daba calor, sino el bulto como de una criatura que se acomodaba cada vez más contra su espalda y de la que escuchaba una leve respiración en su cuello. Sobresaltada, pegó un brinco y encendió el quinqué, para ver qué era aquello. Su sorpresa fue mayúscula al destapar la cama y observar una bebé muy grande, rubia y hermosa, que dormía plácidamente. En un principio la muchacha se quedó inmóvil por el pánico, pero al ver que la niña tenía uñas muy largas y afiladas se puso a rezar todas las oraciones que le venían a la mente, mientras hacía repetidas veces la señal de la cruz. Volvió a mirar la cama y vio que la criatura ya había desaparecido. Aterrada, salió corriendo a buscar a doña Eulalia:

—¡Madrina, madrina! ¡Venga pronto porque algo horrible sucedió en mi cuarto!

Doña Eulalia salió a atender rápidamente a su ahijada y la hizo entrar a la casa para darle un té que le calmara los nervios. Un

poco más tranquila, Eugenia pudo relatarle lo ocurrido, la madrina escuchó pacientemente y permaneció pensativa unos momentos, hasta que se atrevió a decir:

—Mira, Eugenia, no quise contarte antes una cosa para mí desagradable que sucedió precisamente en tu pieza. Cierta vez, tuve necesidad de dinero y alquilé ese cuarto a una muchacha joven como tú, que me aseguró estudiaba para maestra; pasaron unos meses y me confió que estaba esperando un hijo. Yo, al comienzo, la regañé pero terminé por ayudarla al permitirle continuar viviendo aquí hasta que se aliviara. La noche del parto fue hace dos años, precisamente un 12 de diciembre como hoy, y yo misma la asistí. La chiquita nació muerta y para evitar el escándalo, y sobre todo porque ni ella ni yo teníamos los medios para un entierro, la sepultamos en el patio. La muchacha se fue a los pocos días, sin guardar el debido reposo y nunca más supe de ella. Pero eso no fue lo más grave, sino que una vez platicando con las vecinas, me enteré que aquella joven frecuentaba un “templo negro” y que el que la había embarazado era precisamente Satanás, con quien había hecho un pacto para tener riqueza y juventud por muchos años. Pero éste, como ves, la castigó por haber traído a su hija en un día santo.

CARAGUA

¿La historia de "Caragua"? Sí, ésa me la sé muy bien. Sucedió por los médanos de la laguna, donde vivía. Yo lo conocí. Antes no era tan malora. Se volvió loco después. A mí me contó una vez Lencha, su mujer:

—Un día, mi suegra Isidora y yo oímos ruidos afuera y luego un balazo. Su mamá era como macho, valiente, que si no... No cualquiera sale a los matorrales a eso de las once de la noche; y era porque el hijo estaba fuera. Y es que allá, en ese rancho, sólo vivíamos los tres.

Luego siguió contándome la Lencha:

—Lo encontramos colgado de una caoba, medio muerto. No quedó difunto porque tenía las manos en el pescuezo jalándose la riata, pero ya estaba poniéndose morado. Le fue peor al compadre, porque a ése sí lo mataron. Y esa fue una de las tantas veces que los guardias blancos lo golpearon. Otras, nos robaban la carne de vaca que secábamos y encaramábamos en las vigas de la casa, bien escondida, pero igual la encontraban y se la llevaban.

También recordaba mi comadre Lencha que delante de él, de "Caragua" como le decían, aunque se llamaba Inocencio Careaga, la chuleaban esos milicos y que él se ponía a echar espuma del coraje.

Ya luego los tres se vinieron para el pueblo. Y sí, su mamá era como un macho. Fíjate que ella y "Caragua" se iban a "tragar" a los bailes, o compraban cajas de "cuirre" y se ponían a chupar. ¡Eso sí era "meterle"! Ya luego murió Isidora. Yo no fui al velorio, pero dicen que la tenían tendida en el catre, ya tapada y que cuando le estaban rezando... ¡Pinche susto que se llevaron la Rosa y las viejas de allá abajo! Mira nomás, cuando una levantó la vista vio como que en el catre no había nadie; tentaron la sábana y la Isidora había desaparecido. Ahí fue toda una desmayadera... Ya luego del escándalo volvieron a tentar y ya estaba ahí de nuevo la difunta. ¡Y eso no es nada con lo que se le vio hacer al hijo...! Pero eso va después. Ya para ese entonces, Lencha ya tenía un reguero de chiquillos. Estaba nuevecita y ya con el montón. "Caragua" era bastante mayor, lo doble que su mujer. Sufrió tanto la pobre que me contaba:

—Fíjate que llegaba bien pedo y a la cacerola de frijoles o lo que juera, le echaba una escupitada para que los chamacos ya no comieran, sino nada más él. Y cuando los chiquillos estaban dormidos los agarraba de las cabezas y los estrellaba uno contra el otro. ¡Ah, se me olvidaba! Cuando todavía vivía Isidora y ya estaba muy mala y ya no podía pararse, su propio hijo le puso alrededor hojas secas de aguacate y le prendió lumbre. ¡Y no digo! ¡Va para arriba la pobre madre! También mató a uno de mis hijos de meses de un mazorcazo.

Decía mi comadre que iba el golpe para ella, pero que le fue a dar a la cría cuando le estaba dando pecho. Y Lencha era muy buena... pues se casó con él porque... pues yo creo que sí lo quería. Lencha era huérfana y ahijada de Isidora, por eso él la conocía desde chamaca; también la quería, pero no se supo el porqué empezó a tratarla peor que animal, le pegaba, la hacía bailar encuerada sobre la mesa, ahí frente a sus hijos. ¡Pobrecita! Yo creo que de tanto sufrir, cuando él vivía, se fue consumiendo hasta que murió. Ella sí ha de estar en el cielo ahora, pero él, de seguro está más abajo del infierno. Chucho, mi hijo, dice que cuando era chamaco, a toda la pandilla le gustaba alborotarlos y les preguntaba el "Caragua": "¿Quieren ver culebras?"

Y la chiquillera gritaba que sí, entonces él chiflaba y empezaba a llegar el culebrerío. Otras veces, en la cantina le invitaban un trago si se comía un vaso de vidrio, y él se lo comía. También tragaba espinas y cuanto animal ponzoñoso se encontraba en el suelo. Nunca se enfermó, hasta que una vez de golpe se puso muy malo. Lo llevaron al Seguro, pero él se escapó del hospital, sus hijos y Lencha no lo encontraban y lo fueron a hallar por los medanales, ya se estaba apestando; parecía más prieto, flaco, largo y feo por lo débil que estaba. ¿Tú no te acuerdas? No, estabas chiquilla. Le decías abuelito, yo no sé por qué, pero tú nunca le tuviste miedo. Ya para el fin, cuando lo velaban muchas rezanderas, porque a esa gente hay que hacerle muchas oraciones, si no no se mueren, aunque estén muy enfermos, fíjate que hasta se apareció un perrón negro con los ojos rojos como tizón. ¡Ay, mamacita! La gente agarró un miedo tremendo. Cuando por fin se murió, tenía como cien años. Tu mamá estaba ahí rezando junto con las otras. Dicen que de repente se enderezó y echó la postema por la boca. Y luego se dejó caer otra vez y ya murió para siempre.

La tarde del entierro se puso fea, fea, toda negra y con un viento... y no era tiempo de viento y menos de ese como huracanado. La gente ahí estaba toda espantada, pero ahí van. Ya luego decían que lo habían ido a desenterrar y que seguía igualito, que no se descomponía... A mí me contó todo esto Lencha, que hoy Dios la tenga en su santa Gloria. Y a él, quién sabe cómo le haya ido... aunque tuviera su pacto.

POR EL RÍO DE LA ANTIGUA

Así como me lo contó tío Chema, yo les refiero el caso tan sonado de la Luchenta, que murió cerca de Piedras Mojadas por los años cincuenta y dos o cincuenta y tres. Resulta que hasta hoy, todos los que llegamos a saber la historia, nos andamos con nuestras precauciones. ¡Fue terrible cómo quedó el cuerpo de este pobre hombre! ¿Quién se iba a imaginar que este mujercito anduviera, así de baldadito como estaba, en tratos malignos? Tenía una hermana muy guapa que la llamaban Chenta y de quien ya no se supo nada cuando ocurrió la desgracia, fue como si se la hubiera tragado la tierra o el río. Algunos dicen que ella también participaba del asunto, eso nadie lo sabe con seguridad. Al Lucio le tocó una vida difícil, con hartas privaciones. Él y su carnala quedaron huérfanos siendo todavía chamacos. En realidad no eran de por aquí, unos dicen que vinieron con la madre desde Apazapan, otros, que eran de Carrizal, ¡vaya uno a saber!... El caso es que esa mañana dos campesinos encontraron el cuerpo tasajeado en tantos pedazos que nunca pudieron hallar el pie de la pierna coja. Cuentan que aquello fue el colmo de la maldad. Miren ustedes cómo habrá sido lo extraño de la matazón que para sepultarlo a la cabeza no logaron cerrarle los ojos ni cosiéndolos, y el corazón, descubierto una semana después, estaba enterito, entre unas piedras y rodeado de hormigas negras que parecían cuidarlo, no despedía mal olor, ni siquiera tenía sangre seca; daba la impresión de que se lo habían arrancado de un solo jalón en ese momento. Tuvieron que abrir la tumba para ponerlo allí, junto a los otros montones de carne, porque si no, figúrense ustedes, el Lucio vagaría río arriba y río abajo con su pena, hasta el día del juicio final. Recuerdan que cuando destaparon la caja, zumbó un viento como de "mala hora" y desparramó en el panteón ceniza amarillenta que se escapaba de la fosa.

Después del relato de Mariano todos se quedaron en silencio, con el temor que se produce en el ánimo de los que escuchan al atardecer historias inexplicables. Uno de los presentes se acordó que su tía Jacinta había conocido bien a esta familia, porque a ella le tocó ayudar a Lucio cuando tuvo el accidente con la mula. Retomó el hilo de la charla y comentó:

—Ahorita me acuerdo bien del Lucio y la Chenta. Su mamá, aunque decían que fue de esas viejas de burdeles, tenía un carácter muy enojón con los hijos y los vecinos. A la Chenta no la dejaba salir ni los domingos y al Lucio sólo le permitía ir con los pescadores mayores para que aprendiera rápido el oficio y se pusiera a mantenerla a ella y a su carnala. Parece que la Chenta ayudaba al Lucio desde escuince y lo alcahuiteaba para que se fuera con los chavos. A los catorce años ya era un chamaco bien parecido y con buen cuerpo y todo se le arruinó cuando la mula le pateó la pierna y le quebró el hueso del muslo, eso lo dejó rengo y chaparro. Así y todo, los hombres lo buscaban. El día que murió la jefa, el Lucio cumplía los quince; mientras era el velorio, él se fue con la Chenta, que lo había vestido con su ropa, lo maquilló delicadamente y lo dejó hecho una jovencita retebonita. Si no fuera por la cojera, nadie lo hubiera reconocido. Se fueron a un baile a festejar el cumpleaños dejando a la madre en el cajón, sola con los cuatro cirios. Después de los funerales—aseguraba mi tía Jacinta—, los hermanos cerraron el jacal y se marcharon. Nadie supo para dónde. Regresaron como a los quince años, con harta lana, tanta, que pudieron comprar lanchas y emplear varios pescadores para su negocio. Se habían vuelto reteextraños. No hablaban con nadie, sobre todo la Chenta. Al Lucio lo visitaban muchachos sólo por las noches.

Otro de los que escuchaban la plática, asustó a los compañeros con un comentario sorprendente:

—¡Ah, sí! Ahora recuerdo que mi primo Salvador me aconsejó una vez, cuando yo estaba tierno todavía: “Fíjate bien, primo, no vayas nunca a lo del Lucio, porque ése tiene pacto. De ahí le vinieron la lana y las visitas nocturnas”.

Afirmaba el nuevo relator que su primo le había contado que una vez que el Lucio andaba borracho, le confesó:

—Si quieres triunfar en la vida, debes arriesgar de todo a todo. Yo seguí los consejos de mi madrina Prudencia y logré la invocación. A mí se me presentó “el príncipe”, como él se nombraba, bajo el puente de La Antigua. Pero ahí no hicimos el pacto. Sólo me habló unas cuantas palabras. Hasta hoy las recuerdo muy bien: “Para llegar a ser de los míos, debes viajar a Tuxpan el 24 de junio y encontrarnos bajo el puente a las doce de la noche; ahí veremos si nos hacemos compadres”.

—Decía mi primo que el Lucio se había quedado prendado con la aparición, porque el maligno era apuesto y bien plantado. Repetía que “el príncipe” antes de desaparecer le recomendó: “Ah, búscate un maestro y que te enseñe qué debes llevar para la ceremonia del 24”.

Otro compañero del grupo preguntó:

—¿Pero cuándo fue eso? Porque si él vino a invocar a La Antigua, alguno hubiera reconocido al Lucio por estos rumbos.

El que daba los detalles del pacto, según los recuerdos del primo, respondió:

—Eso sí no lo sé. El asunto es que el Lucio le contó a mi primo que tuvo la suerte de hallar a un maestro del “libro negro” en Puebla, quien le enseñó la manera de ganarse al “príncipe”: debía estar el 24 de junio, justo a la medianoche, debajo del puente de Tuxpan, llevar consigo doce velas negras envuelta cada una en franela del mismo color, una imagen de san Santiago y un Cristo crucificado al revés, además de poner estas cosas entre ramos de adelfas y claveles rojos. Ya no recuerdo mucho, pero creo que me contó que el pacto debía firmarse con sangre, que lo llevaba el mismísimo Satanás y que el acuerdo tenía que hacerse en el cementerio más cercano al puente de Tuxpan.

Quien había preguntado anteriormente, interrogó sin siquiera esperar una respuesta:

—¿Pero qué pudo haber pedido el Lucio?

Uno, que estaba muerto de miedo con el relato, atinó a responder:

—Lana y... chavos para sus fiestas...

Todos coincidieron en que seguramente el favor diabólico era ése, pero se cuestionaron:

—¿Y por qué le sobrevino tan fea muerte al Lucio si tenía el pacto?

Ya serían como las once de la noche cuando se aproximó al grupo un vaquero que aseguró llegar de Puente Nacional, de quien nadie había notado antes su presencia. El visitante indagó:

—¿De qué hablan a estas horas, amigos?

Todos enmudecieron al ver a un hombre recio, como de unos cuarenta años, que vestía jorongo y ancho sombrero negros. Uno contestó, más por miedo que por ganas de conversar:

—De la Luchenta... y lo que le sucedió...

El extraño exclamó:

—¡Yo me sé bien esa historia!

Quien había comenzado el tema de la larga charla, interrogó:

—¿Por qué no nos hace usted el favor y nos informa el porqué acabó Lucio con esa muerte tan terrible?

—No fue terrible, sólo esperada —acotó el nuevo participante, y comenzó su intervención aseverando—, miren, con “el príncipe” no se juega. Lucio quiso pasarse de listo. Todos creyeron que el acuerdo era dinero y sexo. Bien, sexo sí. Pero los visitantes que iban a la casa del Lucio tenían que entregar su alma como fuera. Algunos se ahogaban, otros se suicidaban y unos más desaparecían de sus pueblos, como si se fueran a trabajar a otros lugares. Cuando Lucio se dio cuenta de que él podía ser culpado por tantos muchachos desaparecidos, se le ocurrió que un 24 de junio, bajo el puente de La Antigua, podía romper su pacto. Hizo el rito al revés: se llevó doce velas blancas envuelta cada una en su franela, un ramo de rosas blancas que cubría un Cristo bendito por el párroco de Rinconada y la imagen de la Virgen de Guadalupe. De más está decirles ahora que las deudas con “el príncipe” son mucho peores que las de juego. Y para acabar la lección, de paso se llevó a la Chenta.

VENGO POR RITA

Sí, te digo que así fue. Yo lo sé, porque Cecilio, mi compadre, trabajaba allí de camillero. Y para qué había de echar habladas. Además, también mi comadre se enteró, porque su hermana es devota de la iglesia de Santiaguito y ahí el padre sí que no podría mentir y me dijo que él merito se lo contó. Así como lo oyes. Eso sí, no te voy a decir los nombres verdaderos, mi compadre me pidió absoluta discreción y yo lo respeto.

Todavía atemorizado por la historia que acababa de contar, Luis quedó en silencio y recordó, en ese momento, una a una las palabras de su compadre refiriéndole los acontecimientos que apenas la noche anterior habían ocurrido, y que todavía le causaban pánico:

—Sería la una de la mañana cuando llegó aquella señora acompañada de su hija. La pobre se quejaba de unos dolores tremendos en las piernas, que le habían empezado como a eso de las siete de la noche. Poco a poco se le fueron haciendo más intensos hasta que ya no pudo soportarlos; entonces pidió a su hija que la trajera urgentemente aquí. Yo estaba de guardia, aunque esa noche no me tocaba, sino que le hice la balona a un amigo. Y por Diosito Santo que me arrepentí, pero yo creo que Él, con sus designios, me puso en este camino para que yo fuera testigo de todo y se me quitara lo descreído.

Cuando llegó la mujer en un taxi junto con su hija, enseguida me llamaron para que les llevara una silla de ruedas, porque ya ni siquiera se pudo bajar del coche. Había varios pacientes de urgencia antes que la señora; pero eran tales sus gritos de dolor que mejor la pasaron primero, porque los demás se estaban poniendo nerviosos y no sólo ellos sino todos los que trabajábamos ahí.

Ya en la consulta, me volvieron a llamar para que la ayudara a subir a la mesa de exploraciones, pero eso ha sido lo más terrible y espantoso que me ha pasado en la vida. ¡Frente a mí, cuando yo mismo la estaba pasando de la silla de ruedas a la mesa, empezó a hablar con voz ronca, como de hombre y a decir puras maldiciones! Con decirle, compadre, que hasta le oí unas que yo no conocía. Yo me asusté como no tiene idea y la solté de sopetón en la mesa y hasta se oyó el trancazo. Todos los que estábamos ahí, la hija, yo, la doctora Valdivia y la enfermera Aída, nos quedamos para-

lizados del terror. La señora se nos quedó viendo, pero tenía la mirada diferente, rojiza, llena de maldad y de odio, como si nos quisiera hacer daño a todos. Le juro compadre que casi mojó los pantalones. Sentía la boca seca, seca; sin embargo, era tanto el miedo de todos que no nos atrevimos ni a pestañear. La mujer, con la misma voz de trueno, nos gritó enmedio de una sarta de groserías y juramentos:

—¡Qué me ven! ¿Tienen miedo, verdad? ¡No quiero que me estén viendo!

La hija lloraba histérica y la mamá... Bueno, la cosa aquella que estaba dentro de su mamá, la insultó y se paró para agarrarla del cuello; todos reaccionamos en ese momento y tratamos de detenerla. La fuerza de esa criatura era muy grande y pudo tirarnos a todos de un sólo empujón, aunque, eso sí, evitamos que ahorcara a la muchacha, porque ésta se salió corriendo.

Entonces, la mujer se puso a aullar como un animal, como lobo o coyote y, no sabe, compadre, casi se nos detiene el corazón a todos. Ya para entonces en el resto del hospital se había armado un gran revuelo, porque aquellos sonidos espantosos llegaban hasta los rincones más apartados. Alguien corrió a avisarle al doctor Benítez, de psiquiatría, y de inmediato acudió al llamado; cuando llegó, abrió la puerta del consultorio y al momento la criatura empezó a retorcerse en la mesa y ya no se parecía a la señora, tenía una mueca horrible y empezó a salirle mucha espuma por la boca con un olor insoportable:

—¡Lárguense! ¡Ustedes no me sirven para nada, me estorban, impiden mi venganza! ¡Yo soy Satanás y nadie escapa de mi dominio tan fácilmente! ¡Conmigo los tratos se hacen para toda la eternidad!

—Claro que dijo miles de malas palabras que no me atrevo a repetir porque todas eran ofensivas contra Dios y la Virgencita. ¡Jesús, María y José, si nada más de acordarme se me pone el cuero de gallina! Hablaba de vengarse de alguien y todos temíamos por nuestras vidas. ¡Nadie sabía lo que iba a pasar!

La enfermera Aída recordó que en su bolsa traía un rosario. Despacito se fue acercando hasta donde estaba ésta y lo sacó. En ese momento, yo creo que el diablo se dio cuenta de sus intenciones porque empezó a mover la mesa con el zangoloteo de su cuerpo y echó más maldiciones y una risotada que nos hizo erizar los cabe-

llos. También habló de diferente manera y era como si hubiera dos gentes en una. De repente se calló y se oyó la voz desesperada de la mujer a quien pertenecía aquel cuerpo poseído por el demonio:

—¡Ayúdenme, por favor, por piedad, por Dios!

Pero enseguida, él nuevamente se apoderó de la pobre mujer. Fue el instante que aprovechó la enfermera para lanzarle el rosario; sin embargo, la cosa se puso mucho peor, porque fue como atizar la lumbre: el rosario lo hizo ponerse más furioso, lo cogió y empezó a tragárselo. ¡No sabíamos qué hacer! La doctora Valdivia, presa del pánico, corrió hacia la puerta y trató de abrirla, pero ésta se empezó a calentar como un comal en la lumbre y ella no pudo ni tocar la manija. A pesar de todo, el doctor que acababa de entrar no mostró ninguna señal de temor, al contrario, se mantuvo muy sereno, se acercó a aquella cosa que no sabíamos ya si llamarle mujer o no, tomó la parte del rosario que todavía no se tragaba y se lo sacó de un tirón.

El demonio, en ese momento, habló dirigiéndose al doctor:

—Yo sé quién eres. Eres Julián Benítez, un pobre mediquillo sin futuro y sin ambiciones, con deseos de “ayudar a los pobres”, que no sabe ni siquiera cobrar por su trabajo y hacer algo de dinero, como todos. ¡Imbécil! Pero yo puedo hacerte rico, inmensamente rico.

—¡No me interesa! —le respondió con un grito el doctor.

—¿No me temes, acaso? —preguntó la bestia con un tono menos rudo.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—¡Porque están a mi merced! —rugió enfurecido Lucifer.

—¡Mentira, yo estoy más allá de tus absurdos engaños! —gritó el psiquiatra, y fue entonces que la mujer volvió a reaparecer en su cuerpo, volteó a ver al doctor con una mirada llena de súplica sólo por un momento y enseguida retornó la figura diabólica:

—¡No me distraigan de mi venganza! ¡Yo sólo vengo por Rita!

—¿Rita? —preguntó el doctor.

Mientras todo eso ocurría, los de la recepción y los médicos de guardia trataron de localizar a un cura para que acudiera al hospital, quien, según me dijeron después, ya era muy famoso por haberse enfrentado al demonio en otras ocasiones. Corrieron como reguero de pólvora las palabras del demonio de que quería llevarse a una tal Rita. Pues, como ya dije, se escuchaba por todo el

pasillo el vociferar de ese engendro. Los del laboratorio dijeron que esa mañana había llegado una señora con ese nombre a hacerse unos análisis, por un tumor que tenía en la garganta.

Por fin, mientras nosotros continuábamos angustiados y el doctor Benítez seguía distraendo al demonio, tratando de que dejara en paz el cuerpo de aquella pobre mujer, llegó el padre. En cuanto entró al consultorio donde estábamos, el diablo lanzó un grito horrible que nos hizo a todos palidecer del pánico y volvió a aullar como las otras veces. El olor que la bestia despedía era insoportable y sólo el miedo nos permitía seguir de pie, temerosos de que pudiera descargar su furia contra alguno de nosotros. El padre llevaba agua bendita y un crucifijo y empezó a hablar en otro idioma, creo que griego o latín o algo así. El cuerpo de la mujer se infló como un globo y pensamos que iba a estallar, fue el momento que aprovechamos para salir, pues el padre nos hizo la seña de que así lo hiciéramos. Obedecimos de inmediato. El padre se quedó con la criatura y el único que permaneció a su lado fue el doctor Benítez. Nosotros, sin saber qué hacer, desde afuera escuchábamos los ruidos, las voces, las blasfemias, las oraciones, los golpes de objetos que caían por la violencia de los movimientos de Satán. Finalmente, ya en la mañana, cuando la gente empezó a llegar a la consulta externa, se escuchó un espeluznante berrido. Por otro lado, en la sala de espera de los consultorios, también se oyó el grito angustioso de una mujer; de pronto ésta había caído al suelo, llevándose las manos al cuello como si se asfixiara, según dijeron las enfermeras de la recepción. Rápidamente acudieron a auxiliarla, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, la señora había muerto instantáneamente. Cuando recogieron sus cosas, vieron escrito en los análisis el nombre de Rita López. ¡Era la mujer que Satanás había ido a buscar! Ésa fue la única conclusión a la que pudimos llegar, después de todo lo que había pasado.

Luego de media hora, el padre y el doctor salieron del consultorio donde se encontraba la mujer poseída. Estaban agotados y todos corrimos a ver qué había sucedido. El doctor fue el primero que habló:

—La señora está agotada, pero nada más. Físicamente no tiene ningún daño.

Entonces, el padre agregó:

—Su alma y su cuerpo están fuera de peligro. Lucifer ya se ha ido.

Un murmullo de admiración, sorpresa y asombro se escuchó por toda la sala. Enseguida pidieron que ambos fueran a ver a la mujer que, apenas un rato antes, había caído al suelo desfallecida, pero ya no había nada que hacer.

Tales fueron los acontecimientos que, narrados por su compadre Cecilio, habían quedado grabados en la memoria de Luis tan fielmente como si se tratara de un suceso que a él mismo le hubiera ocurrido. De esa magnitud fue la impresión que le causaron.

Después de todos estos hechos horripilantes, en todo Xalapa se supo que a los dos días la señora que fue sólo un medio de Satanás para su venganza, pudo abandonar el hospital por su propio pie, aunque no recordaba nada. La que quedó con una gran angustia fue su hija, quien ese día prometió irse caminando hasta la ciudad de México a ver a la Virgencita de Guadalupe a su Basílica, para llegar a ella en su mero día y difundir, a su paso, la palabra del Señor.

Fue así como el 12 de diciembre de 1994 arribó extenuada pero llena de una paz interior, aquella muchacha que sufrió en carne propia la maldad inmensa de Satán.

MINGO

Domingo o Mingo, como le decían todos, era un joven campesino pobre que constantemente se quejaba del hambre y las penurias que padecía. Harto de esto y sabiendo que una forma rápida de obtener dinero y otros beneficios es invocar a medianoche al demonio, muy decidido le ofreció su alma. El demonio se presentó vestido con una sotana de fraile, cuya capucha no permitía verle la cara. En medio de una humareda pestilente y ambarina el demonio interrogó a Mingo:

—¿Conque muy audaz, no? ¿Qué es lo que tanto deseas como para atreverte a darme tu alma?

Mingo, que no esperaba la presencia tan rápida del maligno, contestó titubeando:

—Pues... dinero. Sí, quiero harta lana. Quiero ser muy rico y nunca jamás volver a sufrir por no tener qué comer y carecer de todo. Deseo la admiración y el respeto de los demás y los favores de mujeres hermosas. A la pobreza no quiero ni volver a oírla mentar.

El demonio, pausadamente respondió:

—Me parecen legítimos tus deseos. Pero... aquí está el pero. Antes, tienes que cumplir tres condiciones y no creas que te será tan fácil. La primera, es que me traigas carne de todas las carnes; luego, miel de todas las mieles; y, por último, consigues "el hay y no hay". Si logras obtener las tres cosas en tres noches, te concederé lo que pides sin llevarme tu alma; pero si no, ¡nanay! se va conmigo de inmediato. Ya sabes. Tienes hasta mañana para cumplir con mi primera petición. Te estaré esperando debajo del puente a esta misma hora.

Mingo no perdió un instante y se fue a consultar a su padrino, un hombre viejo, arrugado y enjuto al que todos llamaban "el Chaneque". Era muy ladino y había vivido muchas cosas en su vida, y quería bien al muchacho porque siempre lo ayudaba, aunque éste estuviera peor que él. Tras escucharlo, meditó un buen rato, después lo aconsejó sabiamente para poder cumplir las peticiones de Lucifer y así ganar la riqueza sin tener que perder el alma. Al fin y al cabo, a él también le iba a tocar su parte.

Al día siguiente, Mingo acudió a la cita. Satán ya estaba allí y al momento preguntó:

—A ver, ¿dónde está la carne de todas las carnes?

Mingo le entregó un toche. El diablo, sorprendido al ver aquel animal, dijo burlescamente:

—Veo que no has podido con mi primera condición. Este animal no es lo que yo pedí. Creí que iba a ser más difícil, pero tu alma será mía muy pronto, según puedo ver.

Mingo, muy tranquilo, replicó:

—Está equivocado, yo tengo razón, porque cuando Dios creó a los animales, quiso que hubiera uno que tuviera el sabor de todas las carnes.

Enojado, Lucifer vociferó:

—¡Este animal no tiene las carnes que yo quiero! ¡Es sólo un *toache* y punto! ¡Has perdido!

Mingo, sin asustarse, contestó:

—Usted será muy diablo, pero está en un error, porque este animal no se llama *toache*, sino toche o armadillo, y cuando uno lo come, sabe a rico pollo, a un bien engordado cochino, a suave y grande pescado y a sabrosa res.

Luzbel, hecho una furia al ver que Mingo había ganado la primera partida, dio unos violentos reparos y corcovas, echó espuma por la boca y diciendo miles de insultos, desapareció.

Al otro día, Mingo se presentó en el lugar de las citas infernales. El diablo, recordando la afrenta del día anterior, ordenó de inmediato:

—¡Quiero la miel de todas las mieles, ya!

Mingo sacó de su morral un frasco lleno de miel de abejas y se lo dio:

—Aquí está.

Satanás, más irritado, gritó con voz de trueno:

—¡Esta porquería no es lo que pedí! ¡No me exasperes o lo lamentarás!

Mingo, seguro de sí mismo, sostuvo:

—Claro que lo es. Esta miel la saqué de un panal real y las abejas libaron de todas las flores para juntarla. Así que esta miel reúne todas las mieles.

El diablo, sin decir nada, se marchó, no sin antes lanzar a Mingo una mirada terrible, llena de furia, que lo hizo palidecer. Sin embargo, éste se dijo:

—Ya veo cerquita dejar esta vida de miseria...

La tercera vez, la definitiva, el demonio acudió bajo el puente seguro de llevarse el alma de ese infeliz que se había atrevido a retarlo y sin darle absolutamente nada a cambio. Cuando Mingo llegó, enseguida le preguntó:

—¿Dónde está “el hay y no hay”?

Mingo, con voz de triunfo, contestó:

—Aquí, señor. Nada más no se sulfure. Meta la mano al morral y lo hallará.

—¡Presta acá, infeliz! —dijo el diablo, al momento que le arrebató el morral y metía la mano dentro confiadamente, seguro de su victoria; pero al sentir un agudo piquete gritó, dando muestras de un gran dolor y arrojó el morral hacia Mingo— ¡Ay! ¡Maldito!

—Y aquí “el no hay” —agregó Mingo enseguida, al tiempo que sacaba de la bolsa una penca de nopal a la que sólo por un lado había quitado las espinas, y se la mostró al maligno.

Así fue cómo el osado Domingo logró ganarle al diablo, gracias a los consejos de su padrino “el Chaneque”, con quien disfrutó las merecidas riquezas.

EL PUENTE

Sucedió en la época de la Colonia. Antonio del Valle y Mendoza llegó a Córdoba en 1666, era un joven español de gallarda presencia, quien, gracias a la herencia de su tío Miguel Cuesta y del Valle, se vio dueño de una enorme hacienda en esa región.

Antonio había quedado huérfano siendo muy niño y su nana, la negra Remedios, lo cuidó desde entonces. La nodriza fue su compañera de juegos y su confidente cuando los primeros amoríos llegaron. Ella lo acompañó hasta tierras veracruzanas, interesada por todo lo que le ocurriera a quien amaba como a un hijo propio.

La finca colindaba por la parte media hacia el oriente con los dominios de don Alfonso de la Cueva, compartiendo un río de regular caudal como línea divisoria. Tan pronto llegó, acudió a la casa de éste con el fin de presentarse como su nuevo vecino. Allí conoció a Asunción, hija única de la familia y de quien quedó impresionado por su porte y la belleza de su mestizaje. De inmediato surgió entre los jóvenes una atracción que con el tiempo se convirtió en profundo amor, cosa que agradó a don Alfonso, pues la imagen dejada por Antonio, desde un principio, fue la de un joven honorable.

Si bien don Alfonso era trabajador y buen cristiano, tenía el defecto de gastar con dispendio no sólo en las fiestas que con frecuencia ofrecía, sino en comprar costosos regalos para su hija y su esposa. En su mansión había lujosas colecciones de tibores chinos, tapetes persas, figurillas japonesas, candiles franceses, portones de hierro forjado en Alemania... Por supuesto que esa vida de derroches minaba día con día la fortuna de la familia, a pesar de las excelentes cosechas y de la venta de numerosas cabezas de ganado.

Don Alfonso empezó a solicitar préstamos pequeños, pero muy frecuentes, a don Javier de Medina y Medina, rico comerciante del lugar. Confiado en que podría saldar la deuda en cualquier momento, el hacendado fue acrecentándola sin darse cuenta que la suma había alcanzado proporciones exageradas. ¡Algún día esto habría de causarle una gran aflicción!

Dos años más tarde, a principios del mes de agosto, cuando los preparativos para los rumbosos festejos de la Asunción, patrona de la hacienda y santo de su hija, estaban en su apogeo, se

presentó a la casa don Javier de Medina. El dueño lo recibió con la cordialidad que lo caracterizaba. Se encerraron en el despacho y a pesar de las gruesas puertas de ébano, desde fuera se pudo escuchar una discusión que fue subiendo de tono, llamando la atención de Asunción y su madre. La disputa terminó con la salida violenta de don Javier y un portazo que hizo retumbar la casa.

Luego de un rato, preocupada al ver que su padre no salía del despacho, Asunción llamó a la puerta. Sin escuchar contestación alguna, la muchacha entró; alarmándose al ver a su padre totalmente abatido en su sillón, la hija interrogó afligida:

—¿Qué ocurre, padre? ¿Qué fue lo que pasó? ¿Le hizo algo ese hombre? ¡Por Dios, respóndame!

El padre, con voz queda y apenas perceptible, dijo:

—Hijita, deseo estar solo, por favor.

Desde ese día, don Alfonso no volvió a prodigar sonrisas como era su estilo; permanecía siempre ensimismado, sombrío, y su salud comenzó a desmejorar rápidamente. Las mujeres de la casa, preocupadas por ese brusco cambio, decidieron llamar a Antonio y relatarle lo sucedido, solicitándole sus consejos. Delante de Antonio, el hacendado conservó su hermetismo, aduciendo sólo un quebrantamiento físico pasajero:

—Es la edad, muchacho, es la edad... ¡Anda con Asunción y déjate de cosas!

Por órdenes de don Alfonso, los preparativos para las fiestas del 15 continuaron, por lo que la familia confió en sus argumentos sobre la preocupante situación y acataron su voluntad.

Una mañana, dos días antes de la celebración, Antonio recibió una nota de Asunción, citándolo en el vetusto puente que comunicaba sus propiedades. El muchacho acudió ansioso antes de la hora fijada, para conocer la razón de aquel encuentro. La joven llegó en compañía de una criada.

—¿Qué pasa, Asunción? ¿Cuál es la urgencia como para no esperar mi visita de la tarde? —interrogó vehemente Antonio.

La joven rompió en llanto y se refugió en los brazos de su prometido, quien cada vez estaba más preocupado. La criada, al ver que la muchacha no iba a poder explicarse, intervino:

—Mi niña está en un grave trance. Don Alfonso tiene una deuda enorme con don Javier de Medina. A cambio de no dejar

a la familia en la miseria ha exigido la mano de Asunción y ha puesto como plazo el día de la fiesta, para que en ella se haga público el compromiso. El padre se ha negado y por eso está cada día más enfermo. Ayer cayó en cama y el médico no pudo mejorarlo. Fue entonces que decidió confesar a mi niña toda la verdad, porque lo que menos haría mi señor sería sacrificar a su hija. Pero si Asunción no acepta la proposición de don Javier, la familia se queda en la miseria. Usted dirá, don Antonio, si no es grave la cosa —concluyó con esa explicación la sirvienta.

—Pero... podemos casarnos de inmediato. Yo les daré protección —sugirió pronto el joven.

—¿No comprendes, Antonio, que ese hombre se llevará a prisión a mi padre, si no hago lo que pide? Además, amenaza con calumniarme, diciendo que he sido suya antes de ser tu novia. ¡Será la deshonra de todos!

Antonio, desesperado, ofreció otras soluciones:

—¡Te ayudaré! ¡Te esconderé! ¡Te llevaré lejos para que nadie sepa de nosotros nunca más! ¡Nos llevaremos a tus padres a nuestro lado!

Sin encontrar otra salida, acordaron verse ahí la noche de ese mismo día para llevar a cabo las ideas del angustiado joven.

Llegado el momento, el enamorado se preparó para salir y dijo a su nana:

—Ya vengo, nana. Prepara dos cuartos y algo sencillo para merendar, porque emprenderemos con urgencia un viaje. Ten mucha discreción. Está en juego la vida de la familia de Asunción.

La fiel servidora obedeció, quedándose mortificada.

Antonio montó un veloz caballo y partió al galope. A medio camino, el cielo empezó a encapotarse y a relampaguear, desatándose pronto una gran tormenta. Pensando que su novia estaba expuesta al vendaval, el joven acicateó al animal para que no disminuyera el paso. Al llegar al puente, se encontró con que éste había sido arrastrado por la creciente del río, y supuso que Asunción y sus padres estaban esperándolo del otro lado. En ese momento, sin meditar en lo que decía, exclamó:

—¡Mal rayo me parta! ¡Regalaría mi alma al diablo si hubiera un paso para llegar a la otra orilla!

Al momento cesó la tormenta y ante sus incrédulos ojos apareció un elegante hombre que vestía larga capa negra, calzaba guan-

tes blancos y apoyaba sus largas manos sobre un bastón con mango de oro.

—¿Así que me daréis vuestra alma? Acepto —dijo el inesperado personaje, sin permitirle a Antonio pronunciar palabra. Finalizó diciendo—: tendréis vuestro puente, y si lo termino antes de que empiecen a cantar los gallos, me llevo vuestra alma y la de Asunción. ¿Apreciáis mi generosidad?

Tras esta declaración, el misterioso caballero desapareció en una repentina niebla que venía del río, sin esperar ninguna respuesta.

Antonio, todavía pasmado vio cómo las vigas derrumbadas del puente empezaron a ser removidas como por una mano poderosa e invisible. Aterrado, encajó las espuelas al caballo para regresar de inmediato a su casa. Al llegar contó todo a su nana, quien le dijo con mucha preocupación:

—¡La cosa es grave, hijo! Ten la seguridad de que el puente estará listo a la hora pactada. ¡Hay que hacer algo y pronto!

La negra se vistió con una piel de jabalí que pendía de uno de los muros de la sala, se subió al techo de la casa y empezó a imitar el aleteo y el canto de un gallo, mientras daba algunos pasos de aquella danza mágica aprendida de sus abuelos. Lo hizo tan bien que nadie hubiera podido decir que no se trataba de una ave verdadera. Al oírla, los gallos de los alrededores empezaron a hacer eco del quiquiriqueo, aunque faltaban todavía algunas horas para amanecer.

El diablo, a punto de terminar el puente y escuchando aquellos cantos, se enfureció y dejó su obra sin concluir. Luego vociferó:

—¡Yo no me voy con las manos vacías!

Antonio y su nana esperaron con angustia las primeras horas del día. Con terror escucharon un trueno que estremeció toda la comarca, pero viendo que nada sucedía, se sintieron libres del enorme peso que los agobiaba.

Al poco rato, el muchacho salió rumbo a la Asunción para explicar a su novia el terrible peligro que, sin ella saberlo, habían corrido. Tuvo la precaución de no ir por el rumbo del puente y prefirió la ruta larga. Antes de llegar, notó que para ser una hora tan temprana, había mucha gente en el camino. Inquieto, temiendo por su novia, preguntó a un vecino hacia dónde se dirigían, éste respondió:

—No vamos, venimos. ¿Acaso no sabe la tragedia?

Antonio, al escuchar las palabras de aquel hombre sintió que las fuerzas lo abandonaban y de inmediato interrumpió al caminante:

—¿Vienen de la Asunción?

—No, de la hacienda de don Javier de Medina. Casi en la madrugada cayó un rayo sobre la casa, incendiándose todo hasta quedar reducido a pura ceniza. No pudimos hacer nada, ni siquiera rescatar el cuerpo de nuestro amo para darle cristiana sepultura, porque cada vez que intentábamos llegar a su recámara, las llamas crecían de manera incomprensible, impidiéndonos salvar sus restos.

EL CUARTO DE LUZBEL

José, quien se había hecho cargo de la familia cuando murió su padre, vivía en una vecindad en el centro de Pánuco, con su madre y hermanos. Todos los días ellos lo esperaban para cenar y comentar las novedades o resolver algún asunto que se presentara. A pesar de su juventud, apenas con veinte años, el muchacho cumplía con todas las responsabilidades.

Cierto día, llegó a su casa muy preocupado, procurando ocultar su aflicción. Su madre, que lo conocía muy bien, enseguida le preguntó:

—¿Qué tienes, hijo? ¿Qué es lo que ha pasado?

—¡Ay, mamá! Si yo le contara... —se lamentó José, interrumpiéndose, arrepentido de haber hablado.

—Dime, hijo. ¿Para qué te guardas las cosas? Entre todos es más fácil sobrellevar las penas y hasta resolver algún problema, como siempre lo hacemos. Hasta tú mismo me consuelas cuando tengo preocupaciones. ¡Ándale, vamos a cenar! Luego nos cuentas, bien dicen que las penas con pan son menos.

Sin embargo, José prefirió no decir nada de lo que verdaderamente le ocurría e inventó un asunto amoroso para no preocupar a su familia. Todos le dieron alguna palabra de aliento, creyendo que realmente sólo se trataba de un lío de faldas.

Ellos eran muy conocidos y apreciados por los vecinos, pues desde que los padres se habían casado, vivieron allí, tratando de ayudar a los demás.

En un cuarto contiguo a la vivienda que ocupaban, vivía Chucho, un muchacho fuereño recién llegado a la vecindad, pero que pronto se había ganado la confianza de todos, gracias a sus buenos modales y, sobre todo, por su amable y generosa conducta con los inquilinos. José le tomó mucho afecto desde el primer momento que charlaron, pues siendo Chucho un poco mayor, lo sintió un amigo seguro para hablarle con franqueza, buscando apoyo, consejos y desahogo.

Esa noche, como otras, José salió a platicar con su vecino después de la merienda. Tras intercambiar palabras de saludo, tuvieron que buscar refugio en el cuarto de Chucho, pues el cielo empezó a relampaguear y rápidamente se desató la tormenta. Fue enton-

ces cuando José le confió a su compañero el grave problema que lo aquejaba:

—Esta mañana perdí mi trabajo. No sé por qué me despidieron... Tampoco sé qué voy a hacer. ¿Cómo voy a mantener a mi mamá y a mis hermanos?

—No hagas una tragedia antes de tiempo —dijo pausadamente Chucho y agregó—: a veces, los conflictos se resuelven de la manera en que menos se espera.

En ese momento el aguacero arreció y cayó un rayo que estremeció la vivienda y produjo un apagón. Se hizo un silencio entre los dos jóvenes, que fue roto por Chucho:

—Oye, Pepe. Ahora que estamos solos —dijo con una voz que a José le pareció distinta—, tengo una propuesta interesante que ahorita a ti y a tu familia les caerá como anillo al dedo.

—¿A nosotros? —preguntó José un poco intrigado.

—Sí, escucha: ¿qué te parecería volverte muy, pero muy rico y dejar atrás esta vida de zozobras? —interrogó Chucho.

—¿Qué? —inquirió José un tanto receloso.

Su amigo de inmediato añadió:

—Yo puedo lograrlo, si tú aceptas pactar... Todos me conocen como Chucho para pasar desapercibido por los favores que hago y la forma en que los cobro, pero en realidad mi nombre es Luzbel...

No bien escuchó esas palabras, José trató desesperadamente de escapar del cuarto maligno, mientras decía: “¡Retírate de mi vida, maldito Satanás! ¡Dios mío, ayúdame!” Siguió buscando la salida mientras repetía estas palabras, pero no pudo hallar la puerta.

En medio de la oscuridad y del vendaval, los vecinos comenzaron a escuchar, primero unos alaridos terribles, después, fuertes golpes y ruidos de cosas que se estrellaban contra las paredes en el cuarto de Chucho. Azorada por lo que oía, la gente se quedó en silencio y, en las tinieblas de la noche, sólo se oyeron quejidos que parecían ser los de un moribundo.

Al rato, cuando volvió la luz, todos fueron a ver lo que había pasado en ese cuarto. Lo único que encontraron fue el cuerpo de José, totalmente destrozado. El amigo forastero no había dejado ni un rastro de su presencia. La habitación parecía no haber sido ocupada por nadie desde hacía mucho tiempo. En ese instante, el vecindario comprendió que la amistad ofrecida por Chucho fue para José una trampa del infierno.

EL TÚNEL Y SANTA MARGARITA

Por el rumbo de Puente Nacional llegaron hace como seis meses unos ingenieros con una orden para reconstruir la antigua iglesia. Uno de ellos se acercó a doña Clara y le preguntó:

—¿Por qué dejaron que todo esto se destruyera tanto?

Doña Clara, una mujer del lugar como de setenta años, miró al profesionista y le respondió:

—¿No lo saben? Aquí ocurrió hace muchos años una gran desgracia; y no sé si deba hablar de esto... Bueno, yo creo que ustedes deben saberlo. Fue en la época en que hartos herejes atacaban a la Iglesia y hasta hacían pacto con Lucifer para acabar con los templos cristianos. Fíjese que en las fechas en que el “diablo anda suelto”, ocurren todo tipo de desgracias: los hermanos se matan sin motivo, padres e hijos riñen, el agua escasea, la gente se muere de hambre y hasta la luz se va por largo tiempo. Por eso, lo que no debe faltar en las casas y en las iglesias es el agua bendita, que milagrosamente ayuda para todo. Desde el día en que se cayó el templo, la tenemos siempre en nuestros hogares...

—Mire, señora, yo no creo en esas cosas; aquí parece que esto se vino abajo por culpa de un incendio.

La mujer confirmó:

—Sí, efectivamente, también hubo en ese trágico día un incendio. Yo recuerdo muy bien lo sucedido. Ustedes los jóvenes no saben hasta dónde llegan las fuerzas del mal. Si quiere, yo le cuento exactamente lo que pasó.

Aunque incrédulo, el ingeniero quiso conocer la historia:

—Discúlpeme si la he ofendido. Tiene usted razón. Debemos aprender de los mayores. Continúe, por favor.

Doña Clara prosiguió con su relato:

—Una tarde de diciembre, cuando se celebraba una misa en esta iglesia, el diablo salió de un pasadizo secreto que estaba ahí mismo, detrás del altar. Al momento, todo quedó en completa oscuridad y comenzó a soplar un viento muy fuerte que indicaba la presencia del maligno. Las hojas de las puertas se batían para todos lados y sólo algunas ráfagas de luz entraban de la calle. Entonces vimos que el demonio traía una espada en la mano que le encajó al sacerdote y lo atravesó por el pecho. La gente intentó

huir, pero nadie, salvo una niña, lo consiguió. Además, el techo se vino abajo al mismo tiempo que las puertas se cerraron. Ahí, gran parte del gentío murió aplastado. Los demás, al querer escapar por el pasadizo, murieron calcinados por un fuego que repentinamente se desató por obra del chamuco.

Después que pasó el desastre, los habitantes del pueblo que no habían asistido a la misa se atrevieron a ir a las ruinas a ver qué había sucedido. No encontraron ningún cuerpo, solamente la ropa ensangrentada de las víctimas. De entre ellos, salió una chamaquilla, trepándose a una cruz como de tres metros de altura en la parte de la iglesia que había quedado en pie. Ahí mismo aparecieron unos enanos que empujaron a la niña al vacío, quien al caer sobre los escombros inexplicablemente volvió a salvarse. Frente al macabro espectáculo, la gente corrió con un pavor que nunca antes había experimentado, dejando todo tal y como lo había encontrado.

Al día siguiente, un grupo de maleantes que se había enterado de la tragedia, fue al templo para robar lo que hubiera quedado; al llegar, se encontraron con Luzbel, quien vestía desafiante una capa roja bordada con oro y piedras preciosas, rodeado de tentadores cofres repletos de riquezas; éste les dijo con voz cavernosa:

—Bienvenidos. ¿No les gustaría tener algo de mi fortuna?

Ellos, al encontrar más de lo que esperaban, de inmediato y sin dudar, aceptaron por orden del que parecía ser el cabecilla del grupo, quien respondió:

—Por supuesto, eso es lo que andábamos buscando.

—Claro que les va a costar algo —observó Lucifer—, pero vale la pena.

Al momento los transformó en horripilantes enanos, que aumentaron la corte de sus “custodios”; y desde entonces éstos también hacen su aparición por esas fechas.

Doña Clara hizo una pausa y con la voz temblorosa por la emoción, el recuerdo y el temor que le inspiraba recordar aquella historia, continuó:

—Nadie se explica cómo el demonio pudo penetrar en un lugar santo. Tal vez el cura era falso. No se sabe. Dicen que en esos casos la única que puede combatir a Satanás, encadenándolo para no permitirle que haga pactos, es santa Margarita; pero en diciembre, cuando ella sale a proteger a los tentados por los demonios

menores, los enanos van y lo liberan. Ahora la gente ya está prevenida, por eso compra veladoras y cerillos benditos, para que no falte la luz; y con el agua santificada que pide en las parroquias se defiende de Lucifer, impidiendo que éste se acerque a las casas, porque cuando los enanos lo sueltan, se desatan tempestades y el viento apaga todas las luces, menos las benditas. También llama a las puertas, haciéndose pasar por un familiar o un vecino, imitando su voz:

—Soy yo —dice, y si la persona que abre no porta una cruz, se la lleva al infierno.

El ingeniero, inquieto y perplejo con el relato, preguntó a doña Clara:

—Pero ¿cómo sabe usted todo eso? ¿Quién se lo contó?

—Nadie —respondió la anciana y agregó—: esa niña que sobrevivió al derrumbe era yo, una chamaca de apenas cinco años.

UNA VISITA AL INFIERNO

Salvador siempre había querido mucho a su mujer. Le gustaba todavía, después de tantos años y a pesar de que ella se veía tan acabada, por su "oficio" en la cantina de don Nicanor.

"Está retebuena mi mujer, y siempre tan risueña y dispuesta para el amor", se decía Salvador una tarde cuando iba de regreso a su casa, después del trabajo. "También me ha dado dos hijos y los ha criado como Dios manda, para qué negarlo, no es más que la puritita verdad."

Iba con esos pensamientos cuando llegó a su hogar. Lo recibieron sus hijos muy asustados, pues la mamá había empezado a sentirse mal en la mañana y para esas horas ya estaba en la cama, diciendo "cosas raras", según dijeron los chiquillos.

Salvador entró rápido al jacal y allí estaba Finita, como él la llamaba, ardiendo en delirio y exclamando con sus escasas fuerzas:

—¡No! ¡A mí, a mí! ¡A mis hijos no! ¡Sólo a mí! ¡Ellos son inocentes!

De inmediato, él la desvistió, trajo agua fresca y empezó a ponerle paños empapados para tratar de quitarle la fiebre. Mientras hacía esto, dijo a Leonardo, el mayor de sus hijos:

—¡Váyanse volando a Guaya por doña Benja! ¡Díganle que venga pronto y que se traiga algo para la calentura!

Los chamacos salieron corriendo y Salvador siguió al lado de su mujer que, gracias a los paños de agua fresca, dormitaba ya sin hablar, pero respirando con mucha agitación.

No tardaron los muchachos con doña Benjamina. Ella, en seguida puso una cubeta con agua y hojas de toronjil, romero y naranjo agrio. Las restregó en el cuerpo de Finita y pronto le bajó completamente la temperatura. Después de esto, la enferma se quedó dormida. Entre doña Benja y Salvador la pasaron a otro catre y la taparon con una sábana, para que no se enfriara demasiado. Los dos salieron del jacal y el marido, preocupado, preguntó:

—¿Cómo la ve, doña Benja? ¿Qué cree que sea? Si ayer estaba buena y sana.

—Si he de hablarte con la verdad —dijo la mujer—, es cosa que está más allá de los hombres. Al entrar, clarito sentí un mal

aire; y mira que tengo experiencia en esto. ¿Tú oíste lo que hablaba? Los chiquillos algo me dijeron cuando fueron a buscarme, pero no atinaron a explicarme bien qué era lo que su mamá gritaba.

—Pues mentaba a los hijos diciendo que ellos eran inocentes. Yo tampoco entendí bien. ¿Se referiría a su vida de antes? Algo así me pareció, aunque la pobrecita no lo precisó —comentó Salvador.

—No ha de ser eso. Para mí que la enfermedad tiene que ver con algo que le debe al demonio. Te repito que sentí una cosa ajena a este mundo, luego que entré —afirmó persignándose doña Benja.

Al otro día, en cuanto amaneció, Finita se murió. Su marido y sus hijos la lloraron mucho y con tanto dolor, que hasta se le salían a uno las lágrimas de ver su pena.

Salvador tuvo que irse a trabajar como siempre, pues estaba preparando las siembras y era preciso dejar todo listo antes de que le ganaran los aguaceros. ¡Cómo la fue recordando por el camino! ¿Que sí la quería...? Raro era ver un hombre tan acostumbrado a su mujer y que no le diera ninguna vergüenza admitirlo delante de los otros. Ése sí era amor del bueno.

Pasaron unas semanas y “los huérfanos”, como empezó el pueblo a llamar a Salvador y a sus hijos, tuvieron que aprender a vivir solos. El padre ni siquiera había pensado en juntarse con otra mujer para que le cuidara los chiquillos, como ya le había sugerido su compadre Melesio. Un día, de regreso a su jacal, iba recordando a Finita, lamentando su muerte y diciendo en voz alta:

—¿Por qué te fuiste, mujer? ¿Dónde estás que me haces tanta falta? Estabas y eras tan buena... Si pudiera verte otra vez y estar contigo, agarrarte como antes, alisar tu pelo lustroso y negro, ver tu cara alegre con esa risa contagiosa que me quitaba siempre el mal humor...

En esas iba, cuando de pronto se detuvo al ver a un jinete que vestía una larga manga negra de hule, que lograba tapar casi todo a un enorme caballo blanco, que lo increpó, sacándolo de sus pensamientos:

—¿Qué letanías murmuras? ¿Qué tanto le lloras a tu mujer?

—No está usted para saberlo, pero mi Finita, que así se llamaba la difunta, bueno, Rufina, me hace mucha falta. No sabe usted hasta qué grado —respondió Salvador con nostalgia.

—¿Qué darías por verla otra vez? —interrogó el inesperado caballero.

—¡Toda el alma! —contestó el viudo sin titubear.

—Monta este caballo, detrás de mí, y cierra bien los ojos. Te voy a llevar con ella —le prometió el viajero.

Salvador, sin importarle nada, enseguida se subió en ancas y siguió las indicaciones del hombre, que luego le ordenó:

—Abre los ojos y bájate a buscar a tu mujer.

Él volvió a obedecer y se encontró de pronto en el infierno. Extrañamente, todo estaba en penumbras, alumbrado sólo por unas llamas que surgían débiles por muchos recovecos del suelo y las paredes. Alcanzó a ver a la distancia unos demonios y se dirigió a ellos para preguntarles:

—¿No han visto a mi Finita? Rufina para que me entiendan. Llegó apenas hará unas tres semanas.

Los demonios, sin hablarle, sólo le señalaron una vereda de piedras luminosas que Salvador siguió de inmediato, sin voltear. Pronto entró a una caverna donde un montón de mujeres trabajaban cargando unas pilas de huesos.

—¡Fina! ¡Finita! ¡Rufina! —gritó Salvador lo más fuerte que pudo.

A lo lejos, vio que venía una yegua con unos hatos de huesos tan grandes que el pobre animal se pandeaba. Cuando llegó hasta él, la bestia le habló en voz queda:

—No grites, soy yo. No me hables ahorita, luego que termine de trabajar vamos a echarnos un rato. Allá espérame, tras esas piedras.

El marido, que reconoció la voz de su mujer, se sentó en el sitio indicado por la yegua, entre espantado y emocionado. Luego de algunas horas, por fin llegó Fina. Cuando estuvieron muy cerca, ella se volvió mujer otra vez y le dijo:

—¿A qué viniste, Salvador? ¿Y mis hijos? Los dejaste solos, ahora ya no vas a poder estar con ellos para cuidarlos. Por haber venido sólo te dejarán salir tres días y luego tendrás que regresar aquí para siempre.

—¡Ay, mujer, es que te extrañaba mucho y ellos también! Pero ahora que he conocido este lugar no quisiera que tuvieran que venir acá para verte —señaló Salvador, y enseguida preguntó—: ¿y ahora, qué hago?

—Mira, al ratito nos vamos a dormir, porque estoy muy cansada, pero te voy a decir cómo puedes salir de aquí, por lo menos para que les digas a mis hijos que no deben pecar, porque esto es muy triste. Yo no quisiera estar aquí, sino allá con ellos, pero ya ves, es mi castigo. Fijate bien, porque si no haces las cosas como deben ser, no podrás advertirles del pecado y no quiero que sufran esto que estoy pasando y que pronto compartirás conmigo, por tu imprudencia —explicó con una gran melancolía la mujer y agregó—: al rato que despertemos, va a venir el patrón del infierno, te va a dar unos huaraches de fierro y te advertirá que sólo podrás regresar al mundo si los desgastas en un día. Entonces, tú vas a las piedras más filosas, mientras yo hago mi trabajo, y los tallas ahí hasta que se rajen. Luego se los llevas y él te dejará ir a ver a nuestros hijos; ahí les aconsejas lo que te dije y los dejas a doña Benja, que es muy buena y respetuosa de las leyes de Dios.

Así habló Fina a Salvador, quien, a pesar de todo, estaba contento de ver de nuevo a su mujer. Cuando ella se acostó para descansar, el hombre quiso agarrarla para acostarse con ella, pero al tentalearla sintió que era puro hueso, se asustó y se fue a dormir más lejos.

Al rato, porque no se sabía si era de día o de noche, despertó Rufina y le dijo a su marido:

—Ándale, haz todo lo que te indiqué.

Él obedeció y, tal como se lo explicó Rufina, el demonio patrón le dijo lo que tenía que hacer. Como ya estaba al tanto, rápido se puso a desgastar los huaraches y después de un rato de estarlos raspe y raspe, por fin se rajaron; entonces se dirigió a Luzbel y le mostró:

—Aquí están los huaraches. Ya se gastaron.

—Bueno —dijo Satanás—, súbete al caballo y cierra los ojos.

Hizo caso el hombre y enseguida oyó otra vez la voz del viajero que lo había encontrado, mandándole:

—Abre los ojos, bájate y no mires hacia atrás. Dentro de tres días vendré por ti.

Salvador hizo los encargos de su mujer y muy agüitado se despidió de sus hijos, recordándoles lo que tantas veces les había dicho en esos tres días:

—Acuérdense bien. El pecado será su perdición si no respetan las leyes de Dios; sólo así podrán vivir felices después de la muerte.

Yo ahorita me tengo que ir. No se olviden nunca de sus padres que a pesar de estar en el infierno, los amarán por siempre.

Los niños, sin entender mucho lo que su papá les hablaba, lloraron cuando él se fue. Pero doña Benja los consoló y siempre les explicaba la equivocación de sus padres, cuando hicieron pactos con el demonio.

LAS GUAJOLOTAS

Todas las noches, luego de la cena, nos sentábamos a platicar a la luz de un quinqué, o de una vela cuando escaseaba el petróleo. Mi tío Chuy, saboreando a traguitos su café, empezaba a contarnos cosas que le habían pasado a él o a un conocido suyo. A mí me gustaba, aunque luego no podía dormir del puritito susto y me tapaba toda con la sábana y a veces con la cobija, aunque hiciera calor por estas tierras, y así me sentía más segura. Siempre me quedaba dormida rezando para que no se me fuera a aparecer alguna ánima en pena, un nahual o, a lo mejor, algún diablo... ¡Cómo me acuerdo de la historia de las diabras que mi tío nos contó una noche de tormenta, cuando no hubo ni petróleo ni velas! ¡No pude dormir en tres días y a cada gente desconocida que me encontraba, clarito le veía trazas de ser un demonio!

Pues resulta que eran dos mujeres, la madre y la hija, cacarizas las dos. Parece que les había dado la viruela ya grandes, sólo así se explica que tuvieran la cara tan picada. Habían llegado a vivir a Alvarado, eso decía mi tío Chuy —y ha de ser cierto, porque él sabía mucho de la gente de acá—. Siempre andaban vestidas de negro y les decían “las guajolotas”.

Las mujeres no eran muy apreciadas en el pueblo, pues además de cacarizas eran malas. Nunca hablaban con nadie, más que para hacer sus compras; y luego, si algún animal ajeno se iba a meter a su casa o a su solar, nadie lo volvía a ver. No faltaba quien dijera que eran brujas o que tenían pacto con el diablo, porque nadie sabía cómo pero siempre tenían dinerito, nunca les faltaba qué comer y sus animales siempre estaban gordos. Andaban las dos juntas para arriba y para abajo. Siempre muy calladas y serias, nunca las vieron reírse.

Un día, la madre cayó en cama. La hija no quiso que el médico la viera. Ella sola la cuidó y al final la madre ya no se levantó. También se hizo cargo de todo lo del sepelio. ¿Y quién iba a ayudarlas si no llevaban amistad con nadie?

Pasado un tiempo, la muchacha, porque no era tan vieja todavía, empezó a cambiar. De seguro, ya sola necesitaba de alguien con quien juntarse. Así que empezó a hacerle charla a los de la tienda primero y luego a los vecinos; y dijo mi tío que hasta lo feo

se le había quitado. En vez de guardar luto, como antes que siempre andaba de negro, empezó a usar vestidos de colores bien chillones y se ponía montones de collares y un anillo en cada dedo, ¡hasta se hizo la permanente! Ha de haber sido que la madre no la dejaba arreglarse y luego, ya huérfana, pues se dio vuelo. Pero la fama de bruja creció, porque ¿cómo le hizo para quitarse lo feo?

Por ese tiempo andaban arreglando el camino y llegaron muchos peones de fuera a trabajar en la obra, porque nada más con la faena de los del pueblo nunca iban a acabar. Uno de esos fuereños conoció a la mujer y se enamoró de ella, pues pasaba todos los días por ahí, luciéndose con los trabajadores. (Eso no dijo mi tío, pero yo creo que hasta medio pirujilla era.) El caso es que el hombre en cualquier tiempito que tenía, iba a buscarla ¡y hasta entraba a su casa! En esas visitas es que le ha de haber dado alguna bebida para hechizarlo, si hasta parecía toro en brama... Para no hacer el cuento largo, se casaron y él se quedó a vivir ahí. ¡Y cómo no, con la casa puesta...! En el pecado llevó la penitencia.

Ella se salía todas las noches a robar comida o algún animal o a hacer maldades de puro gusto: pisaba las siembras, tiraba las cercas, soltaba al ganado, mataba gallinas u otros animales y les clavaba espinas en los ojos. Primero no sabían que era ella la causante de tanta maldad; pero como todo eso empezó a pasar cuando ella ya estaba casada, los vecinos comenzaron a espiarla. Se dieron cuenta que a diario como a eso de la medianoche, se oía gritar a un pájaro que luego se iba volando y ya después, al alba, llegaba un guajolote y se metía en la casa muy silencioso, nada más sacudiendo las plumas. La gente, primero, quería quemarle la casa, luego pensaron que lo mejor era hablar con el marido para ver qué sabía, tal vez hasta él era un "compactado", pero ella, siendo bruja o diabla, según decía mi tío, supo lo que estaban planeando y de pronto dejaron de pasar esas cosas extrañas.

Después de unos meses ya todo estaba tranquilo. Muchos hasta se fueron a confesar por haber pensado mal de la mujer aquella y dijeron que los que dizque habían visto al pájaro y al guajolote eran unos mentirosos. El hombre estaba feliz, hechizado por la muchacha. ¡Y claro! Si nunca le faltaba qué comer y ya no tenía que trabajar para otros; ahora sólo se ocupaba de sus propios animales y de sus siembras.

Pero en otros poblados, según comentaban los peones que iban a trabajar por allá, también pasaron cosas como las de antes y hasta peor, porque aparecieron varios niños morados, como si se los hubieran chupado. De nuevo la gente sospechó de "la guajolotita", como ya le decían, después de que murió su madre "la guajolota".

Una noche en la cantina, mientras el marido tomaba unas cervezas, el cantinero lo observaba y no aguantando más le dijo:

—Yo que usted le echaba un ojo a su vieja en la noche. No vaya a ser cierto lo que dicen y resulte bruja con tratos demoníacos.

El marido, sorprendido y enojado, le exigió al cantinero que retirara lo dicho, pero éste, sin alterarse, sólo le contestó:

—Es por su bien, amigo. Yo sé lo que le digo. ¿Quién va a saber más, usted que no es de aquí o nosotros que toda la vida hemos estado en este pueblo?

El hombre, un tanto inquieto, pensó que no estaría de más hacer lo que el cantinero le había aconsejado, para acabar de una vez con las habladurías de la gente. Así que después de cenar se fue a acostar como siempre, mientras su mujer levantaba la cocina, pero sólo se hizo el dormido. Ella calculando que no la iba a oír, como de costumbre, se acercó sigilosa a un baúl, lo abrió y guardó ahí las piernas que se acababa de quitar. Él, muy asustado, no movió ni un pelo. Luego, la mujer se puso una capa negra que sacó del arcón y encendió unas velas negras con mucho cuidado para no despertar a su marido y así poder transformarse al momento en un pájaro negro de ojos rojos como las llamas que alumbraban el cuarto. Éste apagó con su pico cada una de las velas y silencioso caminó hasta la ventana, volando sin hacer el menor ruido. El hombre se quedó impávido, sin saber qué hacer, hasta que por fin pudo moverse y se acercó al baúl para ver que ahí junto estaban las velas y las piernas de su esposa, quedó muy impresionado por todo aquello, dejó las velas tal y como estaban y sacó las piernas del arcón, decidió esconderlas en otro lado para ver qué pasaba; entonces se puso a esperar el regreso de "la guajolotita". Ya cuando los primeros gallos empezaron a cantar, el hombre oyó un ruido de plumas y vio que por la ventana entraba un enorme guajolote negro. Fingió dormir para ver qué hacía su mujer. Ésta, todavía convertida en pájaro maligno encendió las candelas de seguro para terminar su "ceremonia". Luego, al mo-

mento de abrir el cajón, de nueva cuenta se hizo mujer pero al no encontrar sus piernas no tuvo más remedio que irse a acostar sin ellas.

Al otro día, el hombre se levantó y dijo a su esposa:

—Quiero almorzar temprano. Tengo que ir a ver a unos animales enfermos.

La mujer, sin dar muestras de inquietud, respondió:

—¡Ay, viejo! Ora sí me vas a perdonar, como que me agarró enfriamiento anoche mientras recogía la cocina. Me siento quebrantada y no puedo ni pararme.

El hombre, que sabía el motivo de su mujer para no levantarse, sacó las piernas de donde las había escondido, se las aventó a la cama y exclamó:

—¡Allí está lo que necesitas!

La mujer, sorprendida, contestó:

—¡Tú las agarraste! ¡Dámelas, que me muero sin ellas! ¿Acaso no te he dado todo lo que has querido? ¿Te hace falta algo? ¡Dímelo orita, malagradecido!

El marido no supo qué responder y pensando que si la descubría o la dejaba morir ya no tendría la suerte de antes, dijo muy serio:

—Está bueno, vieja. Nada más quería que supieras que aun así te quiero. Yo te prevengo, la gente sospecha y te quiere hacer mal. Anoche mismo, el cantinero me puso sobre aviso, porque la verdad, yo no sospechaba nada.

—Te creo —dijo la mujer, segura de que el hombre prefería la buena vida a volver a las penurias de antes—, lo que vamos a hacer es que tú le dirás a la gente que ya me descubriste y me tuviste que matar, y les llevas un guajolote muerto. Yo me iré al monte y vendré todas las noches para cocinarte tu cena como siempre y... para lo que tú ya sabes...

Y decía mi tío que así merito fue la historia. ¡Mira nada más, qué huevón tan sinvergüenza, prefirió también hacer su pacto y perder el alma, antes que aceptar la pobreza!

LA TRAICIÓN

Allá en Paso del Macho conocí a un comerciante de nombre Isidoro. Con el tiempo nos hicimos novios y luego de dos años nos casamos. Al comienzo los negocios le fueron saliendo mal y cada vez seguíamos peor. Por eso, desesperado mi marido creyó solucionar los problemas, haciendo un pacto con la Muerte, tal como le habían aconsejado algunos amigos que ya se habían enriquecido de golpe. Así lo hizo y ciertamente su suerte cambió, empezó a ganar mucho dinero, a apostar grandes cantidades en el juego de cartas y en toda competencia le iba muy bien. Yo lo supe, porque un día me dijo:

—Mira, mujer, recuérdame que tengo que ir al monte cada nueve noches a prenderle unas veladoras a la Muerte. Fíjate, para que tú también vayas aprendiendo, a lo mejor un día vas a tener que hacerlo sola. No sabes cuántos beneficios se obtienen con esto que es tan sencillo.

Y vi cómo lo hacía: prendía diez veladoras, una grande y negra con el dibujo de una calavera y otras nueve más chicas de cera. Colocaba la grande al centro y las otras alrededor, formando un círculo como de dos metros de diámetro. Esto debía hacerlo cada nueve noches o cuando le solicitara un favor. Además, no tenía que entrar a las iglesias y mucho menos adorar o rezar a Cristo y a los santos. Él sabía que pagaría caro si se atrevía a contravenir el pacto, ya que sentía que la Muerte no disculpaba a nadie que llegara a traicionarla.

Mi marido se dio la gran vida. Me enteré que tenía varias mujeres y que a cada una le había puesto casa. Viajaba mucho y le gustaba ir a las ferias a apostar, porque de seguro siempre ganaba. También hizo varios negocios y en todos tuvo éxito.

Sin embargo, con el tiempo dejó de cumplir con los ritos exigidos por la Muerte. Aunque yo le compraba igual las veladoras, él las escondía en un sitio que sólo nosotros conocíamos. Cuando regresaba de alguno de sus viajes, yo le insitía:

—Isidoro, acuérdate que debes ir al monte. Sabes bien que con esas cosas no se juega.

Pero él seguía sin hacer caso, gozando de lo lindo la fortuna que había obtenido.

Un día, las consecuencias fueron terribles. Cierta vez que Isidoro iba a Veracruz en un tráiler, acompañado de una de sus señoras que estaba embarazada y de una niña, chocó con un autobús y se murió todo el mundo. Para colmo, también fallecieron otras dos muchachitas y un anciano que venían por la carretera.

Al enterarme de la tragedia, me percaté de que la venganza de la Muerte era la causa del fatal accidente. Y como yo también estaba comprometida sentí pánico por el futuro de mi hijito y el mío. Aterrada, salí a las doce de la noche a cumplir el rito de las veladoras y a invocar la aparición para alcanzar su perdón, aunque yo no hubiera sido la responsable. Así, durante nueve noches reclamé su presencia, como Isidoro me contaba que lo había logrado, repitiendo:

—¡Señor de las tinieblas, amo del infierno, preséntate ante mí!

Por más que ponía toda mi fe para lograr su aparición, y me pasaba repitiendo estas palabras hasta que se apagaban las veladoras, nada sucedía. Por fin, en la última noche, mis ruegos fueron oídos. De pronto vi a mi izquierda una especie de humareda que rodeaba a un ser alto, delgado, cubierto con una capa oscura que le llegaba hasta el piso, y con un sombrero de copa que no me permitía verle el rostro. Unas manos descarnadas que sostenían un largo bastón me aterrorizaron, hasta el punto de quedarme completamente tiesa. Pero me repuse cuando me habló diciéndome con su voz ronca:

—Te perdono; tú, mujer, no te preocupes. Contigo no hice ningún pacto. Ya no vengas más al monte a prenderme las veladoras.

LA NOVICIA

Imelda ha tenido que enfrentar muchos problemas en su vida. Alguna vez, platicando con su amiga Virginia, creyó que podría tener una vida más tranquila si le llegaba a eso de la brujería. Desde hacía tiempo, su confidente la invitaba a un “templo negro”, para que se convirtiera en “novicia” de Satanás. Aceptando los desafíos de su nueva fe, efectivamente, su fortuna cambió. Pero aunque mejoró en lo material, ya que pudo construir su casa y poner “un negocito”, también le ocurrieron algunas desgracias: su madre padeció una larga agonía a causa de un tumor en la garganta que apenas la dejaba respirar; su hijo Cristóbal fue atropellado por un taxi y quedó baldado de las dos piernas; para colmo, sus otros hijos la abandonaron al conocer su condición de hija de Satán.

El resto de la familia hoy la visita con curiosidad, creyendo a medias lo que ella asegura aprender con Virginia, la que hace sus “trabajos” allá por la estación del ferrocarril.

Imelda también es muy conocida porque tiene su negocio con mujeres en la colonia El Morro de Boca del Río. Algunos de sus clientes, aunque se sienten muy a gusto en ese ambiente, le temen, porque saben de sus conocimientos maléficos; y por más que estén briagos, no olvidan ninguna prenda en la cantina, pues “la novicia” podría hacerles algún daño.

Cuando no hay dinero y escasean los visitantes, dice a sus muchachas:

—Vengan acá. Siéntense en ese tronco de pino —y ellas se sientan—. Ahora levántense, voy a golpearlo tres veces; luego prenderé esta veladora negra y ya verán qué pronto caen los machos. Veán, aquí tengo en los dedos de la mano los nombres de los hijos del Rey de las Tinieblas, son cinco, recuérdelos: Lucifer, Satanás, Demonio, Luzbel, Damián. Cada dedo tiene su nombre y si escojo alguno y le pido un deseo, él me lo cumple, pero siempre debo pagarle el favor.

Las muchachas no se sorprenden por las palabras de la dueña; ya están acostumbradas a escucharla hablar acerca de los poderes de su amo. Tampoco les llama la atención que Imelda siempre tenga una vela negra encendida en algún rincón del bar, pues a la larga se benefician con la “fe” maligna de su propietaria.

Esta hija del averno está satisfecha con su vida. No le hace falta nada, aunque a veces, dice, extraña a sus hijos. Ella cuenta a algún cliente:

—Yo no puedo persignarme, ni rezar, ni voltear a ver ningún santo y mucho menos entrar a una iglesia. Estoy muy contenta con mi “noviciado” porque el diablo me enseña y regala muchas cosas. Por ejemplo, me reveló que Jesús sí nació de María y José y que era muy poderoso; pero que no fue muy listo al dejarse matar, porque bien que pudo haberse hecho invisible. Hay cosas que a los diablos no les gustan: que los engañen o no les entreguen las almas, que no se les pague lo que uno les debe, que lleven a alguna mujer embarazada al “templo” y ésta se acerque a tocar la “estatua satánica”, adorada cada día por nuevos “feligreses”, ávidos de hacer fortuna o de encontrar el poder a costa de lo que sea.

Imelda siempre será un misterio para los que creen o no en estas cosas diabólicas. Para algunos, ella es sólo una mujer que se engaña y vive en el mundo de las supersticiones. Otros la envidian y le temen, porque la aceptan verdaderamente como una “novicia” del reino de los infiernos.

EL JUGADOR

En algunos pueblos de la región central veracruzana, sobre todo de la zona de Naolinco, se asegura que las noches de velorios son los momentos más propicios para que los jugadores de baraja ganen las apuestas con facilidad y por eso esos días salen desesperados a buscar algún contrincante.

Se cuenta que en cierta ocasión un señor no encontraba en el pueblo a ninguna persona que quisiera aceptarle el reto. Decidió irse hacia el campo, convencido de que podría hallar algún rico ranchero con quién jugar albures.

Ansioso recorrió diversos senderos hasta que por fin, al llegar a una solitaria higuera, escuchó un desafío:

—Oye tú, ¿no te interesaría una partidita de pókar?

El hombre miró hacia el lugar de donde venía la voz y divisó una elegante figura vestida con un traje negro, sombrero de copa y un bastón bajo el brazo. Mientras barajaba con habilidad los naipes bajo la luz de un cielo estrellado, le brillaban sobre los dedos relucientes anillos con fina pedrería. El jugador se quedó impresionado y al momento se dijo: “Ésta es la mía. De seguro no está enterado que hay un difunto en el pueblo”. Enseguida le preguntó al extraño personaje:

—¿Qué prefieres jugar: pókar, brisca, conquián, albures...?

—Una “viudita” para empezar estaría bien —contestó el distinguido rival.

De inmediato ambos se sentaron en el suelo y el jugador desafiado dijo rápidamente:

—Pero yo doy la primera mano.

—Bueno, pero con mis cartas —aceptó el hombre misterioso.

—Por supuesto, amigo. Por mí, no hay problema.

Comenzaron el juego y le pasó a este jugador empedernido lo que no le había ocurrido nunca: perdió en la primera. Entonces pidió cambio:

—Mejor probemos con el pókar. Pero ahora doy yo.

El canje no lo favoreció, ya que otra vez tuvo mala suerte.

En la jugada de los albures, tras haber probado con otros juegos, el enigmático sujeto que estaba sentado en cuclillas, estiró una de sus piernas, dejándole ver a su rival una pata de gallo.

Fue tal el susto que se llevó el fullero que al momento cayó privado del espanto.

Ni el demonio pudo hacer el pacto ni el jugador ganar ninguna riqueza.

Dicen que cuando el apostador se recuperó de la impresión, pasados algunos días, nunca más quiso ver una baraja.

DOÑA BENITA

Benita cura allá en Banderilla en un templo espiritual, con el don del hermanito David, quien le da poder a través de su cuerpo. Cuando ella va a sanar a quienes la visitan los martes y viernes, invoca a esta alma sufriente, que pide a los enfermos llevar una garrafa de agua hervida, para que ella pueda purificarlos en el preciso momento de la sanación.

Un día fui con mi nietecito Roque a que lo “bañara”. Después de curarlo, me contó:

—Antes, este templo espiritual para servir a los enfermos estaba en Xico y ahí fue donde conocí a una enfermera llamada Lucy, de quien me hice muy amiga. En una ocasión, estábamos conversando cuando llegó un gringo, que hablaba un español raro, preguntándonos: “Perdona, señorritas, ¿usted no saber dónde haya un templo negros?”

“Lucy, que sí conocía el lugar del templo, respondió que lo acompañaríamos. ¡Y fuimos hasta aquel lugar! Estaba un poco retirado del pueblo, camino a la cascada. Así fue como supe de su existencia, porque yo nunca había oído hablar de él y menos me hubiera atrevido a ir hasta allí. Cuando llegamos, nada más el gringo entró. Nos confesó que debía pactar con Lucifer para salvar sus negocios allá en su tierra y que costara lo que costara pagaría, ya que traía muchos dólares. Nosotras nos quedamos en el pasillo, precisamente en donde había un “muñeco-diablo” riéndose, con un letrero que decía: “Ven a mí”. Como asientos de espera o descanso estaban unos troncos de pino que, según me dijeron después, en el centro de ellos se encuentra el misterio que roba el alma de quienes ahí se sientan. Yo no sabía, pero el hermanito David me cuidó, porque aunque estaba cansada por algo no me quise sentar. Quien sirve en ese templo es una conocida “novicia”, hija de Lucifer, doña Virginia, quien me insitía que descansara hasta que saliera el cliente. Pero me negué rotundamente. Cuando el gringo acabó su consulta, salió esta mujer a la calle muy alterada gritando: “¡Ya no soporto aquí! ¡Cualquier gente nos quiere chingar! ¡Miren lo que hicieron enfrente...!”

—Volteamos y vimos que se trataba de una ermita o capilla de la Virgen de Guadalupe. Al principio nos sorprendimos de estas

exclamaciones, pero al ver el odio en los ojos de Virginia supimos que cualquier símbolo de Cristo los enfurece. Luego siguió comentándonos, suponiendo que nosotras compartíamos su "fe": "Me tiran agua bendita, palmas, cruces y cuanta cosa. Pero nosotros también podemos defendernos contra todo eso. Los guardianes del templo vigilan día y noche", dijo señalando dos perros grandes y negros, horribles. Estaban en la azotea ladre y ladre. Yo me asusté mucho y salí corriendo. Jamás volví, pero sé que ahí siguen con su labor diabólica.

Así fue cómo doña Benita conoció aquel "templo" que la obligó a abandonar Xico, porque el hermanito David así se lo aconsejó, temiendo por su alma y que perdiera los poderes de sanación. Un martes que le llevé un sobrino a curar, me platicó:

—Fíjese, supe que una vez una señora fue a solicitar los servicios de doña Virginia para sacar a su esposo de la cárcel. Dicen que para esos casos tiene la estatua de metal, que es un muñeco peludo, con cuernos, cola, chipo grande, ojos azules y dientes y lengua de perro, y un letrero que dice: "Pídeme lo que quieras, yo te lo daré"; luego le sacan tres tantos de sangre al cliente con una jeringa y se la ofrecen al muñeco. ¡Y cobran rete caro sus trabajos! Yo mejor sigo con mi fe en el hermanito David. Capaz que voy allá y ni me curan y para colmo pierdo el alma. ¡Allá se lo hallen los adoradores de Lucifer!

EL MAPACHE

Cuando Francisco Ríos estaba de soldado en Veracruz, decidió ir a Xalapa con un amigo, porque no conocían la capital del estado. Visitaron los lugares más famosos: los Berros, el Estadio, los Lagos, el Parque Juárez, el cerro Macuiltépetl y otros sitios alegres de la ciudad. Por la tarde fueron a la Catedral a hacer una visita a la tumba del obispo Rafael Guízar y Valencia; allí Francisco aprovechó para comprar una medallita con la imagen del beato, y así contentarse con su novia. Buscó a un sacerdote para que se la bendijera. Su amigo se mofó:

—¡Ay sí! ¡Cómo no! ¡Una medallita para mi noviecita!

Francisco no le dio importancia a la burla y siguieron paseando durante todo el día. Se les hizo tarde para regresar al puerto y buscaron un hotel para pasar la noche. Se fueron rumbo a Xalitic con la intención de encontrar uno barato, rentaron la habitación y volvieron a salir por los alrededores a dar un paseo nocturno. Llegaron al puente y dijo el amigo de Francisco:

—¿A que no te subes al borde del puente? Desde aquí se han arrojado, según cuentan, enamorados que tenían sus negocios con el diablo.

—¡Estás loco! —dijo Francisco muy serio y agregó—: con eso no se juega.

El compañero soltó una sonora carcajada y se subió al puente haciendo pasos y saltos que preocuparon a Francisco:

—¡Ya bájate, Porfirio! ¡Eso es muy peligroso!

En eso se escuchó un penetrante silbido que provenía de la copa de un árbol. Los dos amigos se sorprendieron y voltearon a ver quién chiflaba. Al principio no distinguieron a nadie, pero enseguida oyeron una voz gruesa que no lograban localizarla y que les ofrecía:

—¿Oigan muchachos, no quieren tener mucha plata?

Intentaron no hacer caso y continuaron con su charla, como si no hubieran oído nada. De pronto, el silbar se hizo más estridente y esta vez las palabras fueron más roncacas, obligando a los muchachos a mirar hacia lo alto de un tupido almendro:

—¿Oigan jóvenes, no desean mujeres bonitas para tener una buena compañía?

Con gran temor y la mirada puesta en el ramaje, descubrieron un enorme mapache, con ojos que parecían dos brasas, agarrado con una mano al árbol mientras con la otra les hacía señas para que se acercaran.

Por el pánico, Porfirio quiso salir corriendo y perdió el equilibrio. Ya iba a caerse desde lo alto cuando Francisco reaccionó y alcanzó a sostenerlo. Había logrado salvar la vida de su amigo. De inmediato, se alejaron corriendo de ese lugar.

Una vez en el hotel, ya sintiéndose seguro, Francisco comentó:

—Pero si ese mapache era el mismísimo Satanás que quería llevarse nuestras almas.

Porfirio, quien todavía se agitaba del susto, no respondió nada.

Francisco quiso tranquilizar a su compañero asegurándole que todo ya había pasado. Pero otro gran horror se apoderó de ellos cuando escucharon que un nuevo silbido, parecido a los anteriores, provenía de abajo de una de las camas. Una garra prensó a Porfirio de una pierna y lo tumbó al piso, arrastrándolo. Francisco lo jalaba, tratando de salvarlo, pero la fuerza de aquel animal demoníaco era tanta que no lograba ayudar en nada a su compañero. Con la desesperación recordó que tenía la medalla bendita en la bolsa y la arrojó contra el mapache, quien desapareció entre una humareda llevándose el alma de su amigo, cuyo cuerpo quedó desmembrado, como una muestra de infinita maldad, para enseñarle que “con el diablo no se juega”.

EL CHARRO CON BOTONES DE ORO

Don Otilio, un tío abuelo de la señora Luisa Gutiérrez, vivía en Las Vigas, allá por 1925. Una vez que fui a visitarla en las fiestas de Chiltoyac, lo recordó y me contó cosas de su pariente. Siempre sacaba doña Luisa alguna anécdota de su tío Otilio, para dar consejos a los jóvenes. En esa tarde comentó:

Cuando había algún baile en Xalapa, este señor nunca faltaba y siempre iba muy elegante, vestido de charro con su botonadura de plata. Las mujeres que lo trataban quedaban prendadas de él y por eso éste se volvía cada vez más creído y presumido, suponiendo que ninguna joven se resistiría a su galanura. Otro día que iba mi tío transitando en su caballo por una arboleda solitaria, camino a Perote para asistir a una fiesta, le salió al paso otro jinete también con traje de charro, pero con botonadura de oro reluciente, era muy bien parecido y se veía una persona educada y fina, tanto por su atuendo como por su porte erguido y sus maneras elegantes. Saludó cortésmente a don Otilio, quien se sintió contento de tener alguien con quien platicar para hacer menos tedioso el viaje. Pronto encontraron que coincidían en su gusto por los bailes, el buen vestir, la bebida y los juegos y, sobre todo, las mujeres. Animado, mi tío le dijo:

—Ni duda cabe, no hay como una muchacha joven de cintura estrecha, caderas anchas y boca como botón de rosa.

—Y qué me dice usted de las maduritas. También tienen lo suyo —comentó el charro.

—Ni hablar. Lástima que todo eso cueste, porque a veces no es fácil convencerlas. Hay que empezar con regalitos y... bueno, qué puedo decirle a usted que no sepa —comentó Otilio y se rió con desparpajo.

—Así es, don Oti, ¿puedo llamarlo así, verdad? Por fortuna, yo no tengo problemas y si usted quiere, yo podría enseñarle cómo tener dinero a montones; ya verá usted que todas las mujeres por más ajenas o persignadas que sean, caerán rendidas.

—¿De veras? —preguntó incrédulo mi tío—. ¿No me está usted echando mentiras? ¿Cómo va a ser eso? Si yo supiera de algo así, hace tiempo que lo hubiera llevado a cabo. Para luego es tarde.

Dígame de una buena vez cómo le hace, ¿qué no ve que se me cuecen las habas?

—Pues es cosa de estar dispuesto a entrarle a todo —le respondió el charro, al tiempo que agregaba—: pero hay que estar bien decidido.

—Me canso —afirmó seguro don Otilio.

Mi tío pensaba que este nuevo amigo verdaderamente lo ayudaría a aumentar sus conquistas. En ese momento, el desconocido detuvo su caballo y se bajó. Al hacerlo, Otilio pudo ver que tenía una pata de águila y otra de cabra. Se quedó impávido, sin poder moverse ni hablar del terror que lo invadió. Sin embargo, el mismo miedo lo obligó a rezar lo primero que se le vino a la memoria, se santiguó varias veces y le puso las cruces al demonio, que había intentado engañarlo con su aspecto de charro fino y educado. Luego, haciendo un gran esfuerzo, pudo moverse para encajar las espuelas al caballo y salir huyendo lo más rápido posible, repitiendo las jaculatorias que recordó de sus ocasionales visitas a la iglesia.

Desde entonces, mi tío Otilio cambió su conducta, transformándose en un hombre atento con su esposa y cariñoso con sus hijos. Nunca más volvió a ir a ningún baile solo.

EL COMPADRE

Chabela y su hermano eran gemelos, vivían con su mamá y su padrastro en Poza Rica; éste era aficionado a leer libros de magia, brujería y todo lo relacionado con lo oculto. A pesar de los constantes ruegos de su mujer para que dejara ese macabro hábito, el hombre siempre respondía:

—¡Tú qué sabes de estas cosas! ¡Deja de chillar y dedícate a tus hijos que ya están otra vez gritando y me molestan! ¡Lárgate con ellos si tanto te estorban mis libros! ¡En mala hora me fui a juntar contigo! —Y continuaba con su aprendizaje maligno.

Un día, estando él solo, se atrevió a invocar a “el compadre”. Éste se le apareció y le prometió muchas riquezas si pactaba. El hombre aceptó, primero porque eran muy pobres y después a causa de su inclinación por conocer las cosas del misterio. Se guardó para sí el trato y jamás habló de esto con nadie.

Pasaron los días y la familia no tuvo ninguna mejoría económica, al contrario, se le agravaron los problemas, ya que poco a poco el hombre fue volviéndose más agresivo y había perdido el apetito, hasta el punto de que no podía tragar ni un bocado. A veces tenía algún antojo y de inmediato iban a comprar las cosas para preparárselo, su mujer se lo guisaba y cuando iba a comerlo, algo se le atravesaba en la garganta y ya no podía pasar nada.

Nada ni nadie pudo hacer algo por él. Ni rezos o mandas, ni doctores o curanderos, ni medicinas. Sólo de verlo, todos sabían que su mal no tenía remedio. Únicamente una vecina, que poseía fama de bruja, le dijo:

—¿Conque ésas tenemos, don...?

Su esposa le pidió que le explicara a qué se refería, pero la mujer sólo reafirmó lo que ya habían dicho los otros:

—Éste no se salva.

Y así ocurrió. Se fue secando hasta que quedó en los puros huesos y al fin falleció.

Como a los quince días, el mellizo de Chabela empezó con los mismos malestares que su difunto padrastro, hasta que cayó en cama. Su madre se preocupó mucho, pues no quería que corriera la misma suerte que su marido, por lo que hizo lo imposible por salvarlo. Temía que su esposo, en su obsesión, se lo hubiera ofren-

dado a Satanás. Eso la decidió a acudir a un médico espiritista, quien le advirtió:

—Sí, tu hijo fue entregado y la única que puede salvarlo es su hermana, porque siendo gemelos, sólo ella puede interceder ante Dios por su alma. Tiene que ir a ver a la Virgen de Guadalupe a su Basílica, para que la ayude a luchar contra el demonio.

Chabela cumplió lo que le indicó el místico a su madre y realizó el viaje a la ciudad de México con poquísimo dinero, pues el que había sólo alcanzaba para los gastos de las medicinas.

Ya en la Basílica, pasó tres días con sus noches haciendo oración para vencer al maligno, siguiendo paso a paso las instrucciones del espiritista. El ayuno y el desvelo debilitaron tanto a Chabela que, cuando regresó a Poza Rica, su madre casi se muere del susto al ver esa apariencia enfermiza. Pero cuando la hermana notó que su gemelo se había recuperado bastante, ella también logró retornar a su estado saludable. Gracias a ese sacrificio fue que su hermano se salvó, cumpliéndose el milagro, intercediendo por él la Virgen del Tepeyac.

Una vez que la mujer sintió libres de peligro a sus hijos, pensó que sus vidas se volverían más tranquilas, pero el vecindario comenzó a molestarlos, señalándolos como símbolos del mal. Por ello, acudieron a las autoridades para conseguir un permiso y desenterrar el cuerpo, alegando que debían estar seguros de las causas de la muerte de este hombre. Grande fue la sorpresa para todos al ver que en la caja no había ningún cuerpo. Así se confirmó lo que decía la gente, obligando a la madre y sus hijos a abandonar Poza Rica.

Diablos y demonios veracruzanos
—con un tiraje de 1 000 ejemplares—
se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 1998
en los talleres de Comunicación Gráfica y Representaciones
P.J., S.A de C.V., Arroz 226, col. Santa Isabel Industrial, México, D.F.
El cuidado de la edición estuvo a cargo de
Yesenia Santiago López





Centro de
Información y
Documentación

Alberto Beltrán



002944